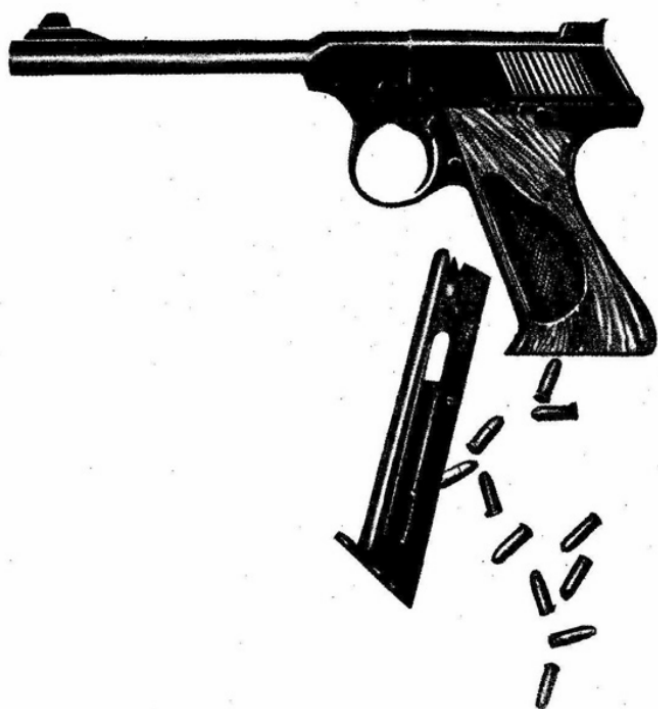




FBI



© Donald Curtis
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 2.726-1970.

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

DONALD CURTIS

Mil ojos tiene el F.B.I.

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Últimas obras de DONALD CURTIS publicadas en
nuestras colecciones:

Colección A. FEDERAL:

- Núm. 20.—Top secret.
» 24.—Doctor Devil.
» 27.—Al filo de la noche.
» 30.—El rostro del dragón.

Colección SELECCIONES DEL F.B.I.:

- Núm. 320.—Cerco de tinieblas.

Colección F.B.I.:

- Núm. 811.—Siete horas.
» 814.—¡Horror!
» 820.—Amorosamente mortal.
» 823.—Los Zorros del 75.
» 826.—Exótica charada.
» 829.—Asesino de cristal.
» 832.—Rubia es la muerte.

PRÓLOGO

ESTA es una extraña, una sorprendente historia.

Llegó a mi conocimiento a través del propio F. B. I. A través de uno de sus hombres más representativos. Luego, en los Archivos Federales de Washington, D. C., tuve ocasión de comprobar que para nada había intervenido la fantasía en los hechos.

Realmente, no es que haya ningún elemento fantástico en la historia o historias que forman este curioso «*puzzle*» enigmático y variado que aquí se refiere. No, nada de fantasía ni nada inverosímil. Por el contrario, todo es normal, perfectamente humano, simple y directo.

Lo sorprendente está en el propio factor humano de la cuestión. Y en una serie de circunstancias especialísimas que, tal vez, jamás lleguen a producirse en la antología de los hechos verídicos del mundo del crimen.

Para que ello sucediera así, y este caso fuese como realmente fue, tuvieron que coincidir un montón de factores, y fue preciso que personas y situaciones fuesen desembocando insensiblemente, en un «clímax» sorprendente, inverosímil por su propio encadenamiento implacable, por esa serie de hechos que, fatalmente, conducían a un punto final, a una situación límite realmente insospechada y altamente improbable en cualquier caso.

Los hechos han sido alterados en parte en este relato, así como los nombres de ciertas personas, para evitar que alguien pueda sentirse demasiado susceptible y surjan esas inevitables reclamaciones para indemnizar supuestas faltas hacía personas que se creen injuriadas o complicadas en hechos poco agradables.

Es preferible hacerlo así. Además, en cierto modo, sigo las instrucciones personales de la persona que me informó de todo y

que me permitió consultar los archivos para tomar el material preciso que diera forma a este relato. El inspector federal X..., a quien, por llamar de algún modo, denominaré por el nombre convencional de John R. Stuart, para darle una personalidad exacta, aunque ése, desde luego, no es su nombre, me rogó discreción en cuanto a personas y lugares. Intencionadamente, alteré ambas cosas lo suficiente para que nadie pueda exigir reclamaciones al respecto. En cuanto al inspector, no me exigió que yo ocultara su identidad en mi historia, pero creo que tampoco arde en deseos de ser popular a través de un relato publicado sobre hechos que, posiblemente, muchas personas juzgarían no deben ser revelados por un funcionario de la Oficina Federal de Investigación. No estamos, ciertamente, de acuerdo en ese punto. Ni el inspector ni yo. Creemos ambos, como lo cree el propio F. B. I., que se debe explicar al público la verdad de unos hechos y el papel de una Organización, en ellos, sobre todo cuando esa Organización es la que vela por la integridad de la sociedad a quien se comprometió a defender ante los mayores y más complejos problemas que pudiesen surgir.

Pero otros no piensan igual, y criticarían la actitud limpia, abierta y clara de un hombre que, con acceso a los Archivos Federales, y siendo él mismo parte importante en el desenlace final de esta historia, recurre a datos confidenciales para proporcionar a un autor una obra aparentemente de ficción.

Lo que John R. Stuart buscaba, no era dar un material gratuito a un autor, para evitar a éste el necesario trabajo de estrujar la imaginación. Quiso, concretamente, dar un ejemplo. Un ejemplo vivo, directo y palpitante de lo que es el F. B. I., por fuera y por dentro, de lo que son sus hombres y sus reglamentos, de lo que puede llegar a suceder, a causa precisamente de esa increíble labor en equipo, minuciosa y entusiasta, de unos hombres separados entre sí en sus tareas por diversas denominaciones, estructuración interna y atribuciones y jurisdicción de las distintas Divisiones Especiales, sus Delegaciones Metropolitanas, su relación con el Pentágono, el Centro de Inteligencia o C. I. A., y el Departamento de Estado, a la vez que su contacto con diversas delegaciones extranjeras, observadores nucleares y espaciales, todo coordinado y administrado por el F. B. I., como dependencia del Departamento de Justicia de los Estados Unidos.

Así, Narcóticos, Trata de Blancas, Inmigración, Defensa Nacional, Actividades Antiamericanas, Defraudación Fiscal, Leyes Federales y los enlaces estratégicos con Tierra, Mar y Aire, entran dentro de la jurisdicción del F. B. I., desde el simple robo de un coche, con el que el ladrón pasa de un Estado a otro, hasta la alta traición, el soborno, el homicidio en especiales circunstancias, o el fraude al Fisco.

Todo eso es el F. B. I. Eso es lo que, en una rápida panorámica, forzosamente superficial y breve, nos permitirá conocer a través de la historia presente, construida, como un rompecabezas, a base de piezas diversas, que parecía imposible encajar entre sí..., pero que, a la postre, sí encajaban perfectamente, aunque para ello hubiera que ver el «*puzzle*» desde un punto de vista muy diferente al inicial.

El inspector John R. Stuart quiso ofrecer a todos una muestra, un ejemplo sencillo pero directo, con el impacto de lo documental, de lo verídico, de ese enorme mecanismo legal y protector que es el F. B. I., para la sociedad honrada, implacable y demoledor para los que contravienen las Leyes...

Sí. Eso creo que pretendió. No es que lo haya logrado él con su material inapreciable o yo con mi modesta transcripción casi periodística más que puramente novelística.

No. Lo que sucede, es que el material en sí forma parte de ese logro mismo. Porque a través de unos hechos, de unas situaciones, de unas imágenes casi cinematográficas, llegamos a la conclusión de que el F. B. I., es como un ser invisible, cuya mirada nos acecha y controla, en bien de la comunidad de un país o, incluso, de un mundo en paz.

Es una especie de dragón para unos, de protector caballero armado para otros, cuyos mil ojos, penetran en todas partes y lo escudriñan todo.

Un Organismo cuyos agentes poseen títulos expedidos por más de setecientos colegios y Universidades, que posee ocho mil seiscientos y pico empleados masculinos, que en un período de veinte años prestaron testimonio ante los jueces más de seiscientos expertos en impresiones digitales, logrando treinta sentencias de muerte, cuarenta a prisión perpetua y multas por valor de cien millones de dólares, es algo serio.

Un Organismo que durante un año fiscal, pasó hasta mil

doscientas treinta denuncias sobre violaciones de derechos civiles, tales como linchamientos, extorsiones, chantaje y todo eso, y que desde el año 1924, en que Edgar J. Hoover asumió la dirección del mismo, sus gastos totales ascendieron a novecientos ochenta y tres millones de dólares, para recaudar un total, entre multas, bienes ahorrados o recuperados, de mil trescientos millones de dólares, es indudablemente un prodigio de organización y eficacia. Un Servicio de ámbito nacional e internacional en muchos casos, que en vez de costar dinero al Tesoro, ha dado a éste un beneficio neto de cuatrocientos y pico millones de dólares a lo largo de cuarenta años.

Casi ciento sesenta mil prófugos de la Justicia fueron capturados por el F. B. I. a lo largo de su historia, y en los casos investigados por la Oficina Federal se han logrado hasta doscientas veintitantas mil sentencias condenatorias.

Eso es el F. B. I.

Al margen de posibles y humanos errores, al margen de sus adversarios —que los tiene, e incluso influyentes, dentro mismo del país—, al margen de todo cuanto de negativo se le quiera o se le pueda atribuir, el F. B. I., ha demostrado ser una Organización casi perfecta. Un cuerpo con mil centros nerviosos en acción constante... y con mil ojos siempre despiertos, fijos en los seres humanos, vigilantes de la seguridad y de la integridad de las personas honradas y de las instituciones más sagradas de un país.

Eso es lo que el inspector John R. Stuart ha tratado de revelarnos a todos a través de una serie de hechos que me pidió narrarse con la mayor sinceridad y desnudez posible, librándolo de todo ropaje literario, accesorio e inútil.

Eso, es lo que he pretendido hacer. Si fracasé en ello, no ha sido culpa del material ni del inspector John R. Stuart, sino de mí mismo y del tratamiento que pude haber dado al caso.

En principio, dudé mucho sobre el título que se pedía aplicar a ese caso, como hacen habitualmente los autores, e incluso los propios investigadores. El «*affaire*», en sí, no tiene nombre definido, quizá por tener demasiados. El «*dossier*» donde figura, en los Archivos Centrales del F. B. I., en Washington, tampoco lo tiene en su carpeta exterior. Allí solamente hay un «*dossier*» formado por cuatro carpetas diferentes y numeradas.

Eso me dio la idea Cuatro expedientes, cuatro carpetas, cuatro

«*dossiers*» en uno, cuatro casos criminales, en suma, dentro de uno mismo...

Dividí la historia de igual forma. Cuatro partes. Primera, Segunda, Tercera... y Última.

Cuatro partes con sus títulos respectivos, acorde con la naturaleza del asunto que tratan.

Así, está el «*dossier*» del «Top Secret». El de «Mercaderes» y el de «Homicidio». Y, finalmente, el último «*dossier*»: «Uno y Tres».

Como en una serie de reportajes directos, asistimos en ellos a cuatro situaciones planteadas dramáticamente, entre el delito y la Policía federal. Entre diversas formas del crimen, contra la jurisdicción omnipotente del F. B. I.

Y uno, a la vista de esas situaciones sorprendentes y fantásticas dentro de su propia realidad cruda, directísima y vibrante, piensa que, ciertamente, mil ojos acechan al crimen, le buscan y le encuentran, esté donde esté.

Los mil ojos de la Oficina Federal de Investigación. Esos mil ojos portentosos e implacables que forman sus laboratorios, sus equipos electrónicos, sus comunicaciones, su coordinación, sus recursos fabulosos, y, sobre todo, el elemento fundamental en toda organización humana: el hombre.

En este caso, el hombre que lleva consigo una credencial, un arma de reglamento y unas instrucciones que cumplir o la iniciativa de una decisión heroica que tomar en un momento crucial.

En este caso, el agente especial del F. B. I.

El agente que, en definitiva, es el corazón, el nervio y la vitalidad de una máquina colosal, de un cerebro inmenso, con mil pupilas extendiéndose por el vasto país...

PRIMERA PARTE

«TOP SECRET»

I

LEVANTÓ el fusil de mira telescópica muy lentamente.

Aplicó el ojo a su visual circular, cruzada por dos rectas perpendiculares, cruzadas exactamente en su centro, minuciosamente graduado.

Su pupila, el centro de ambas rectas y el blanco propuesto, coincidieron de modo matemático unos momentos después.

Apretó el gatillo fríamente.

La detonación fue áspera, restallante. El potente rifle se agitó entre las firmes manos enguantadas del tirador. Pero la bala había salido ya, con milimétrica precisión, hacia su blanco.

Allá, en el campo circular graduado del visor telescópico ajustado al cañón del negro y poderoso rifle, se agitó algo, una forma de vida, que acababa de recibir el impacto del proyectil.

Una bala calibre 38, disparada con aquel arma y con la precisión de una mira telescópica, solamente podía acabar con cualquier vestigio de vida. Especialmente, si esa vida era humana, y si el blanco elegido había sido la cabeza.

El cráneo, virtualmente pulverizado por el choque desgarrador de la bala de rifle, cedió, confundiéndose en la distancia con la forma de una horrible mancha roja. El cuerpo volteó, empezando a caer de bruces, hacia adelante.

Cuando tocó el suelo, no hacía falta disparar más balas, pese a que el visor graduado seguía fijo en el cuerpo y en su informe cráneo. Lentamente, el arma se desvió, y se borró el blanco en el visor. Bajó el rifle su propietario, con mano que no temblaba to más mínimo.

Una dura, fría sonrisa, tensaba los músculos faciales del agresor. Allá, en la distancia, el cuerpo era una forma inmóvil, sobre un

charco de sangre. La gente corría ya a rodear al caído.

El hombre del rifle telescópico, obró ahora con celeridad. Se quitó los guantes, que puso a un lado, tras haber desarmado la mira telescópica y el rifle, guardando las piezas del arma en el fondo de un estuche de guitarra. Después, una guitarra muy plana; cubrió el arma, que a su vez ocultaba un paño rojo oscuro.

Tras esa rápida operación, el tirador se aplicó unas gafas oscuras y una barbita adhesiva, muy rubia, que se ajustó inmediatamente a su barbilla. Una peluca rubia se adaptó a su cabello oscuro y liso. Volvió la americana, que reveló un dibujo y color diferentes, en su parte interior. Era una prenda reversible, azul y lisa por un lado, gris y a cuadros por el otro.

Cuando salió de la terraza y descendió hacia la planta inferior del edificio, llevando su estuche de guitarra, nadie prestó demasiada atención en él. Y quien le miró por pura curiosidad o indiferentemente, cuando más tarde describiese su aspecto lo haría tal y como él deseaba que lo hiciesen: un hombre rubio, de barbita recortada, de americana a cuadros, color gris, cojeando ligeramente de la pierna izquierda, pese a que iba muy de prisa...

Entró en el automóvil que esperaba afuera. Su placa anunciaba que era del Estado de Florida, pero si alguien hubiera pensado en seguirle, hubiese descubierto que, poco más tarde, de forma automática, las placas habían cambiado ya, y mostraban un número diferente y un origen distinto: Estado de Nueva York.

Con ese automóvil llegó a un garaje, donde lo aparcó, llevándose consigo el estuche de guitarra. Pero ya su aspecto era muy otro: el suyo natural, con rostro afeitado y cabellos oscuros, sin gafas de sol y sin americana gris a cuadros, sino azul y lisa. Subió al otro automóvil situado cerca de donde aparcase. Un «Chevrolet» azul oscuro, muy diferente al «De Soto» blanco que dejaba allí. Ya no cojeaba en absoluto.

Guardó el estuche de la guitarra dentro del portaequipajes, antes de que llegara el empleado del garaje, quien únicamente vio cerrar la tapa del portaequipajes. Sonriendo, le saludó, llevando una mano a la visera de su gorra.

—Buenos días, señor Grant —saludó el empleado del garaje.

—Buenos días, Archie —sonrió el hombre, subiendo a su automóvil azul. Antes de cerrar la portezuela le tendió un billete.

Era de cinco dólares—. Tengo que salir de la ciudad este fin de semana. Negocios, muchacho. Nos veremos dentro de unos días.

—Sí, señor —afirmó el muchacho—. Y gracias... ¿Quiere que limpie el coche de su amigo, el señor Cártter?

—Oh, no hará falta —rechazó el hombre, mirando al «De Soto» blanco, pensativamente—. Él vendrá más tarde a recogerlo, estoy seguro. Me pidió que lo dejara aquí, porque ha salido del país por unas horas...

Se alejó con el «Chevrolet» azul, a buena marcha.

Cuando estuvo a buena distancia del garaje, detuvo un momento el vehículo, y procedió a una sorprendente operación que hubiera asombrado al mozo del garaje, e incluso a alguien que hubiese podido verle realizar la metamorfosis anterior.

Llevó la mano a su liso cabello negro. Tiró de éste. Salió fácilmente, despegándose de su cráneo liso, pelado, brillante, dónde solamente quedaron huellas de la goma que había mantenido adherido el peluquín a su piel. Luego, sus dedos hurgaron en ambos ojos. Las lentes de contacto cayeron en la cuenca de su mano, revelando unos ojos increíblemente azules, fríos y glaucos, casi blancos de puro claros.

Después, los mismos dedos maniobraron bajo las mejillas, en la boca. Extrajo dos piezas curvas de goma, y el resultado fue que un rostro ancho, de acentuadas mandíbulas, se quedó enjuto, hundido, muy diferente a las dos caras anteriores del tirador de rifle.

Reanudó la marcha éste, tras guardar las piezas artificiosas en su bolsillo. No fue muy lejos. Exactamente hasta un punto de la costa donde la carretera bordeaba el mar, azul y terso; cuyo oleaje era una suave cresta espumosa en los arrecifes de Miami Beach.

Escudriñó las aguas. Vio mecerse las canoas a motor y los yates, frente al embarcadero de un club náutico. Sonrió, al descubrir una bandera verde, ondeando en el palo de uno de los pequeños yates privados.

Era la señal. Todo iba bien. Condujo un trecho más, hasta llevar al coche a un aparcamiento. Lo dejó allí, perfectamente en línea con los demás. Luego, se alejó hacia el yate. Otro automóvil que aparcaba en esos momentos llevaba abierta la radio. Por ella, la voz de un locutor llegaba, alarmada y dramática:

—«... Y nada han podido los esfuerzos médicos por salvar la

vida del senador asesinado brutalmente en Miami, hace escasamente treinta minutos. Se nos informa que el infortunado Ronald Lambert murió en el acto, con una bala que destrozó su cráneo, disparada evidentemente desde alguna distancia, con ayuda de un rifle de mira telescópica... Los motivos del crimen se ignoran por el momento, y el F. B. I., y la Policía local han iniciado ya urgentes pesquisas para aprehender al asesino...».

Una risita burlona escapó de labios del hombre rapado, de glaucos ojos crueles, cuando cruzó la asfaltada cinta de la ruta, para pisar la arena, hacia el club náutico cercano, siempre con la vista fija en el verde gallardete del yate blanco y pequeño que se mecía en el embarcadero...

II

EL inspector John R. Stuart emitió un suspiro, tomando las últimas radiografías obtenidas. Las contempló al trasluz, junto a la ampliación de aquel cráneo de cabello blanco, noble, ondulado y leonino, sobre el rostro todavía joven, vigoroso y bronceado, del que fuera en vida senador por el Estado de Florida, Ronald Lambert.

—De modo que la bala era de calibre treinta y ocho, disparada por un rifle de precisión, de fabricación europea...

—Sí. Exactamente, un «Walther» con mira telescópica —asintió con voz grave Marty Murphy, agente especial de la División de Delitos Federales, entrando en la sala.

—¿Cómo? —Se volvió hacia él vivamente el inspector Stuart, con cierto sobresalto—. ¿Quién le dijo eso, Marty?

—Nadie —el joven, atlético agente de cabellos castaños, rebeldes, y vivaces ojos pardos, movió la cabeza negativamente, con una débil sonrisa.

—¿Entonces...?

—Encontramos el coche del asesino. Y el arma utilizada. Ya está en los laboratorios.

—Cielos, cuente eso —tiró las radiografías del destrozado cráneo del cadáver del senador Lambert sobre la mesa, dirigiéndose rápidamente hacia él.

—No hay mucho que contar. Alguien vio salir de un edificio estratégicamente situado ante el lugar donde Lambert fue asesinado a un hombre rubio, de gafas oscuras, barbita recortada, chaqueta gris a cuadros y pronunciada cojera, llevando un estuche de guitarra.

—No era como para pasar inadvertido, ¿no cree?

—Sí, eso es lo que creo. No intentó demasiado ser vulgar e

impersonal. Se subió a un «De Soto» blanco, con matrícula del Estado de Florida, pero ese «De Soto» fue hallado en un garaje, con matrícula de Nueva York. Se comprobó que tenía diversas matrículas, cambiables por un sistema rotatorio. En ese garaje, un joven llamado Archie nos contó que un tal «señor Grant» se había llevado su coche azul, «Chevrolet», tras dejar allí el de su «amigo, el señor Cártter». Creo que todo eso formaba parte del juego, porque ni el tal Cártter existe, ni Grant tampoco, tras haber investigado sus licencias de automóvil. El tal Grant ya no era rubio, ni con barbita, ni con gafas, ni cojeaba ni usaba chaqueta gris a cuadros. Por el contrario, era moreno, afeitado, de chaqueta azul oscura, y mucho más delgado de rostro. Todo eso puede alterarse, sin embargo. No le vio estuche de guitarra, pero sí le vio hurgar en el portamaletas, cerrándolo. Hemos hallado el coche abandonado en Miami Beach, frente un club náutico. Dentro, estaba el estuche con el rifle, bajo la guitarra que contenía realmente. Era el arma con que mataron al senador. Pero eso, el laboratorio lo dirá seguro.

—Entiendo, sí —suspiró el inspector, pensativa—. ¿Y del hombre de diverso aspecto...?

—Ni rastro. Nadie sabe dónde pueda estar. Quizá fue al club náutico, pero no es seguro. Estamos investigando eso, inspector.

—Muy bien, Marty —afirmó Stuart gravemente—. Les ayudaré a investigar esto. ¿Quién está trabajando con usted ahora?

—Frank Baxter, de Delitos Federales también. También hay un agente de Defensa Nacional echándonos una mano; es Dave Moran. Creen en esa División que podría haber alguna cuestión política internacional en este crimen. Si el agresor era un fanático o un antiamericano, las cosas serían peores. Todos pueden recordar que el senador estorbaba a determinados sectores políticos, a ideologías concretas y a algunos países extranjeros que no coincidían en absoluto con sus puntos de vista en materia política internacional. Y la carrera de Lambert era meteórica. A sus cincuenta años, estaba en el apogeo de la popularidad, de la fe ciega de sus seguidores, e incluso contaba con la confianza de su Partido y también con la simpatía del presidente de la nación. Lambert era muy importante, de cara al futuro político del país, de cara al extranjero. Eso, pudo incitar a alguien a eliminarlo. Y Defensa Nacional juzga que no se debe pasar por alto esa posibilidad.

—Sí, ellos tienen razón a mi juicio —convino el inspector—. Pero dentro del país, y sin motivos políticos precisamente, el senador Lambert también tenía poderosos enemigos. Creo que cualquiera de ellos pudo asesinarle por razones de tipo personal, por cuestiones en las que el carácter insobornable de Lambert fuese un obstáculo para el lucro de ciertas personas o entidades, «trusts» o monopolios ilícitos y todo eso. Se juegan tantos millones en todo eso, que cualquiera de esas personas o asociaciones llegaría al crimen, con tal de salvaguardar sus intereses.

—Veremos quién se lleva el gato al agua, si es que llegamos a descubrir el cariz real de este atentado. De momento, todos tenemos igual interés en un mismo objetivo, que es el que nos mueve: descubrir la identidad del asesino..., y, si existe, también la de su instigador o cerebro organizador del crimen político.

—¿Cree que ese rifle y el coche abandonado nos conducirán a algo práctico?

—Mucho me temo que no, inspector. Después de todo, cuando el asesino dejó esos rastros tras de sí, es porque sabía que nada iban a aportar a nuestras pesquisas, y en nada le comprometía a él.

—Es lo mismo que yo había pensado. ¿Investigaron en el lugar donde apareció el coche del agresor?

—Están investigando. Ahora iré yo hacia allá.

—Le acompaño, Marty —se ofreció vivamente Stuart—. Llevaré mi coche. Venga usted conmigo.

—Sí, señor —afirmó respetuoso Marty Murphy.

—Club Náutico «Atlantic» —leyó John R. Stuart en el gran cartel publicitario que, entre palmeras y rectángulos de césped, se alzaba junto al sendero de piedrecillas que conducía al recinto deportivo situado ante la franja arenosa de la playa, donde ésta formaba un entrante en la roca, lugar en que se asentaba el embarcadero de los «yatchmen» y asociados del club.

—Sí, es un lugar de lujo —explicó Frank Baxter, compañero de Murphy en las investigaciones de determinados delitos federales—. Todos sus socios son grandes millonarios, magnates de la Banca, de los negocios, de la industria...

—Millonarios... —Torció el gesto Stuart—. No tenía demasiados amigos entre ellos el senador Ronald Lambert. Él había subido de la nada, y seguía sin ser un hombre rico, precisamente por sus propias

convicciones... Es curioso que coincida esto.

—¿Crees que uno de esos millonarios de ahí adentro puede ser el hombre del «Chevrolet» azul? —dudó claramente Marty Murphy.

—No sé qué pensar. Posiblemente no sea así, pero el culpable tendría alguna razón especial para dejar aquí el coche y desaparecer... ¿Preguntaron en el club náutico?

—A los empleados, sí —afirmó Baxter, frotándose su rubia cabellera pensativamente—. No vieron nada ni a nadie sospechoso.

—El culpable no tenía por qué resultar sospechoso —señaló Murphy, arrugando el ceño—. Sabemos ya de dos apariencias tuyas completamente distintas. ¿Por qué no pudo tener una tercera, que es la que utilizó para entrar en el club sin ser notado? Tal vez, incluso, pueda ser socio del mismo...

—Creo que la cuota obligada es de mil dólares mensuales —rió Baxter—. Y todo socio está obligado a tener una embarcación de recreo, como mínimo una motora con determinada; potencia de motor, plazas y todo eso. Desde ahí, hasta los yates dignos de un Onassis o un rey Faruk, pueden contar con lo que quieran.

—Sí, eso indica que, realmente, para ser socio allí es preciso ser rico. Pero también podría ocurrir que quien paga a un pistolero para cometer un crimen, no vacile en desembolsar otros miles de dólares en proporcionar a su esbirro dinero, una embarcación e incluso un historial aparentemente intachable. Creo que debemos investigar más a fondo el asunto. Vamos dentro del club. Me da la corazonada de que su vecindad con relación al lugar del abandono del coche, puede tener su importancia.

—No creo que hagamos nada de más realizando esa investigación —aceptó Murphy—. Yo me ocuparé de ello, Inspector.

Y se encaminó, con su rápida zancada, hacia el interior del recinto deportivo y recreativo exclusivamente para millonarios.

—¿Ayer? —El jefe de control del club náutico se frotó la mandíbula, pensativo—. Sí, ayer fue un día de bastante movimiento en el club. Hubo una regata matinal, se entregaron después los premios, al mismo tiempo que se aprobaban las nuevas normas para el reglamento de socios del próximo año, y toda una serie de burocracias interiores más. Asistieron la mayoría de socios. Y casi todos estuvieron a bordo de sus embarcaciones, bien por placer o por reparar o asear su propiedad debidamente. El club es muy

exigente en todos los terrenos.

—Sí, es razonable —suspiró Murphy—. Debe haber muchas personas importantes como socios de este club.

—Oh, desde luego. Políticos, magnates, banqueros, industriales... Toda clase de gente rica y conocida.

—Entre toda la gente que ayer atestaba este club, ¿pudo haber alguien que, pongamos por caso, no perteneciese al club? Quiero decir: gente ajena al círculo, personas que no fuesen socios...

—Imposible. El derecho de admisión está rigurosamente controlado. Solamente los socios pueden disfrutar de las Instalaciones del club. Y los socios son escrupulosamente seleccionados y elegidos. En todo caso, los «no socios» están en los embarcaderos y en las embarcaciones. Pero todos ellos son personas perfectamente controladas, con ficha especial de registro en el club, dónde se hace constar su identidad, su trabajo al servicio del millonario para quien estén sirviendo, bien como secretarios, pilotos, marinos o lo que sea.

—Es importante eso. Estamos seguros de que un peligroso criminal entró ayer aquí, entre cuatro y seis de la tarde.

—¿Ayer? ¿Un criminal? —El estupor, la expresión de escándalo, transformaron el rostro del hombre—. ¡Imposible! ¿Cómo se le ocurrió pensar eso? Sería la ruina para el club... Si los demás se enterasen de un rumor semejante...

—No creo que sea solamente un rumor. Tenemos razones para suponer que, tras abandonar el coche en que se desplazó hasta aquí, eligió como escondrijo este club náutico. Podría suceder que tuviese entrada autorizada, por tratarse de un empleado o por fingir serlo. Pero también cabe en lo posible que se introdujera sin ser advertido.

—Eso no puede ser, señor —rechazó altivamente el empleado del club, con evidente disgusto por el tema que estaban tocando, y dirigiendo frecuentes miradas en derredor, a las grandes vidrieras asomadas desde el bar hacia el embarcadero—. Sencillamente, no puede ser.

—¿Puede usted asegurarlo rotundamente? —dudó Marty.

—Puedo asegurarlo sin lugar a la menor duda razonable, señor. Este tema, aparte ser enojoso, es impropio de... de un sitio como éste, compréndalo.

—Un asesino puede ocultarse igualmente en una iglesia, en un palacio real o en una cantina. Un club náutico, no veo razón alguna para que constituya una excepción.

—No hablo de «cualquier» club náutico. Me refiero a éste, señor. Por muy policía federal que usted sea, no puede comprender lo que trato de decirle. Concretamente, este lugar es insalvable por un intruso. Se controla a todo el mundo el acceso y se comprueba su identidad escrupulosamente, sobre todo si es alguien que no tiene título de socio. Además, hay un control de entrada y salida, en horas, minutos y segundos, de cada socio, empleado, familiar o invitado de nuestros socios, que consta aquí, en control.

—¿De veras? —Se inclinó vivamente Marty Murphy hacia el empleado—. ¿Ustedes hacen eso?

—Ya se lo dije. Eso nos impide tener preocupaciones en cuanto a la personalidad de los que entran y salen, así como un control minucioso de sus movimientos. Comprenda que aquí dentro hay siempre dinero, objetos de valor, joyas, cosas que pueden ser robadas a bordo, y todo eso...

—Muy bien. Entonces, quisiera saber quién o quiénes entraron ayer por la tarde, posiblemente entre cuatro y seis, como dije antes, ya que la muerte del senador Lambert tuvo lugar justamente a las tres y veinte minutos, y hay que suponer que, en las acciones del asesino, tras el atentado, no pudieron pasar menos de cuarenta y cinco minutos. Por tanto, a partir de las cuatro, y, como máximo a las seis, hora en que un agente de Policía del tráfico de carreteras asegura haber visto aparcado ahí el coche azul..., alguien entró en el club. Quisiera saber quién.

—Por la tarde no acostumbra a venir mucha gente. Además, algunos yates salían ayer de aquí, en viajes de recreo, y sus familiares, invitados y personal estaban ya dentro. De todos modos, espere un momento... —Tomó un teléfono de comunicación interior—. Para darle los datos que me pide, debo antes consultar con el presidente del club. Sólo él puede autorizar a que los datos de régimen interior sean exhibidos a alguien. Aunque ese alguien sea el F. B. I., compréndame.

—Claro. Le comprendo. Puede llamar. Esperaré su respuesta...

El hombre marcó un número interior, con gesto de agradecimiento a la comprensión de su visitante.

—¿Qué es lo que averiguó, Marty?

—Inspector, creo que casi todo lo que necesitábamos saber —sonrió Murphy, radiante.

—¿De veras? —Casi pegó un salto el escéptico Stuart—. ¿Que fue ello?

—Solamente un hombre entró en el club entre cuatro y seis.

—¿Quién?

—Su nombre era... James Edwards.

—¿Edwards? ¿Quién era?

—Piloto experto en motores marinos y en yates especialmente. Trabaja para el yate «Gaviota», propiedad de un hombre rico y famoso: Rex Winthrop.

—¿Winthrop? ¿Rex Winthrop..., el magnate de la Industria?

—El mismo, sí.

—El... el primer enemigo del senador Ronald Lambert sobre toda la faz de la Tierra.

—Sí, inspector —confirmó lenta, fríamente, la voz de Marty Murphy—. Es él...

—Siga, por Dios. Eso empieza a tener sentido.

—Es lo que creo, inspector Stuart. Tiene demasiado sentido para ser casual. Él entró justamente a las cinco y siete minutos, según consta en control, con su firma y el registro de su documento de identificación. A las seis y quince minutos, exactamente, el yate «Gaviota» se hacía a la mar.

—¿Qué? —estalló Stuart, crispado.

—Lo que oye. Se fueron.

—¿Adonde?

—Parece ser que es un crucero a las Bahamas. Viaja con su esposa y con un invitado a bordo.

—¿Un... invitado?

—Y muy importante: Drury Carmichael, otro millonario, éste banquero. Carmichael es el huésped de honor a bordo del yate de Winthrop. Y también viaja la esposa de éste, Rhonda Winthrop. Ellos tres, el secretario de Winthrop, Adams Forbes, y el piloto James Edwards, son todos los ocupantes del yate en estos momentos.

—¿Qué supo sobre Edwards? Si él fue el asesino, debió enviarle Winthrop, sin duda alguna.

—Parece completamente razonable pensarlo así. Obtuve una descripción exacta de Edwards, y no encaja en nuestro hombre físicamente. Es elegante, cráneo pelado, ojos de un azul casi incoloro... En suma, un tercer personaje que podría ser el mismo que los dos anteriores. Tres caracterizaciones diferentes para un hombre. Y, sin duda, la de James Edwards es la real... al menos, la que conocen en el club náutico.

—¿Personalmente averiguó algo sobre ese hombre?

—No. Envié los datos por radioteléfono a la Oficina. Esperamos datos sobre él.

—Y entretanto...

—Entretanto, inspector, hemos de seguir pensando en que ese yate, el «Gaviota», que ahora va hacia las Bahamas, es la clave probable de nuestro asunto. A bordo de esa embarcación va el hombre que disparó sobre el senador Lambert. Y, posiblemente, también el que le ordenó apretar el gatillo.

—¿Ha hecho alguna otra cosa, Marty?

—Naturalmente, señor —sonrió Murphy, asintiendo—. Llamé a Interpol. Ellos comunicarán con las autoridades británicas en Nassau. Si se confirman las sospechas y hay alguna evidencia lo bastante firme para entonces, el yate será interceptado por guardacostas británicos, y retenidos sus tripulantes hasta llegar nuestras instrucciones.

—Eso será difícil de hacer, Marty. Necesitamos pruebas muy firmes para atacar a un hombre de la fuerza moral, social y económica de Rex Winthrop.

—Lo sé. Por eso no afirmé nada por el momento. Sencillamente, permanecerán a la expectativa, vigilantes, y nada más. Estas cuestiones requieren mucho tacto, inspector. Soy el primero en comprender que ni siquiera contra James Edwards tenemos nada. Pero, aunque lo tuviéramos, haría falta que él aceptara hablar contra sus rectores, contra los cerebros que rigen sus movimientos. ¿Lo hará? ¿Le permitirían hacerlo, si llega a resolverse? Ésa es la auténtica cuestión, el problema de fondo con que nos enfrentamos.

—Bien. Me gusta que enfoque así el asunto. Como usted dice, requiere sumo tacto, para no caer en una torpeza realmente irremediable, como lo sería ésa a que usted alude. Esperaremos noticias de Washington, de Nassau... En fin, no podemos hacer otra

cosa que esperar, ¿no es cierto, Marty?

Marty Murphy sonrió. Afirmó, despacio, con expresión irónica, calculadora.

—Ustedes, sí, inspector. Yo, entretanto, haré algo. Unas leves pesquisas por mi propia cuenta, si me lo permite.

—¿Qué clase de pesquisas, Marty?

—Bueno, es algo extraoficial —la mueca de Murphy tuvo cierto aire malicioso—. A veces, es bueno tratar amistosamente a un hombre, aunque sea tan prudente y severo como el director de control de socios en el club náutico...

—¿Qué quiere decir con eso? —se sorprendió Stuart.

—Él me habló de la esposa del rico magnate Rex Winthrop. Pero también me dijo que el viejo zorro millonario, como casi todos los de su especie, tiene otra mujer en segundó plano, discretamente. La chica de turno, la amiguita complaciente, joven, bonita, llamativa... El eterno problema del sexo, inspector. Winthrop no podía ser una excepción. Y no lo fue.

—Una chica... ¿Una amante, Marty?

—Bueno, usted nombra las cosas con mucha crudeza, señor. Pero en realidad ésa la cuestión. Ella se llama Betsy Langdon. La chica es muy sugestiva, muy «*sexy*»..., y trabaja de cantante en un club nocturno de Miami Beach, en el «Tropicana». Creo que esta noche iré a verla...

Y guiñó un ojo a su jefe, con el mismo desparpajo que podría hacerlo la propia Betsy Langdon en la pista de atracciones del «Tropicana» a su masculino público de todas las madrugadas...

III

SI, amigo Esa es Betsy Langdon. ¿De veras le interesa?

—Me fascina, preciosa. ¿No les pasa igual a todos los tipos de este club?

—Bueno, casi siempre tienen todos el mismo gusto. Nosotras, las mujeres, no podemos entenderles bien cuando reaccionan así, pero supongo que es un mal inevitable en ustedes.

Marty Murphy, divertido, miró fijamente a la muchacha que servía en el bar del «Tropicana». Tenía una mano prodigiosa para cierta clase de combinados, y, además de ser joven, morena, bonita y risueña, parecía tener cierto sentido del humor, teñido de un aire entre desdeñoso y apático, que aún le daba más gracia a su cabello corto, de flequillo sobre sus cejas arqueadas y sus ojos oscuros, vivaces y brillantes. La naricilla breve era un respingo sobre los labios carnosos, perfectamente modelados, entre sensuales e ingenuos. El uniforme del local, liviano y con una minifalda increíblemente breve, hacía altamente grata su figura toda. Un par de rombos abrían la tela en su estómago terso, y otro rombo vertical se abría sobre su descote.

—No había visto nunca a Betsy Langdon en persona —resopló Marty—. Sólo unas fotografías en «*Playboy*», y otras ahí afuera. Es algo que cambia a uno el ritmo de la circulación sanguínea, pero usted no entendería eso.

—No, claro que no —rechazó riendo ella—. Nunca entenderé cosas así, la verdad. Quizá es porque soy mujer.

—Quizá —la miró, pensativo—. No hay duda que sí; es mujer...

—Gracias por observarlo —hubo cierto sarcasmo en su voz—. ¿Qué quiere ahora? ¿Invitar a Betsy a costoso champaña francés? Tenemos unas botellas a cien dólares, importadas directamente de

París. No es «Pomery», pero dicen que casi es igual de bueno. Si paga eso, ella vendrá encantada a su mesa. Pero si invita a unos combinados, le dirá que no.

—Una chica cara, ¿no es verdad?

—Bastante, sí. Tiene motivos para ello. Sus amigos son ricos. Se puede permitir el lujo de elegir a los que la acompañen en la mesa a beber.

—Si son tan ricos sus amigos, ¿por qué sigue aquí, cantando y desnudándose a medias? —se interesó Marty ingenuamente.

—Debería entenderlo fácilmente —se encogió de hombros la chica del bar—. Las mujeres como Betsy Langdon solamente tienen amigos ricos gracias a... al escaparate que supone bailar ahí. Cuando dejan esto, se descubre tremendamente su vulgaridad y su superficial valía. Son muñecas sin nada dentro. Lo de fuera es lo que cuenta. Ellas lo han advertido así, y siguen ahí. Es la forma de seguir teniendo suerte.

—Ya lo entiendo —sonrió Marty, afirmando con un lento movimiento de cabeza. Miró de soslayo a la joven—. Y ahora, sinceramente, ¿por qué no hace usted igual ahí en la pista? Tiene un tipo fenomenal. Seguro que, aunque no supiera cantar y bailar, la gente se lo iba a perdonar igual.

—Es posible —cortó ella secamente, estudiándole con fría, centelleante mirada—. Pero yo podré seguir aquí o en otro puesto, trabajando honestamente, durante muchos años. Cuando llegue el declive, tendré algo sólido y firme en mi vida, y no dependeré de que mi cuerpo siga lo bastante atractivo como para continuar ahí, fascinando a un público que sólo mira las curvas, y a unos protectores que sólo te protegen cuando eres joven y bonita. Existe algo llamado cerebro, ¿lo sabía, amigo?

—A veces oí hablar de él —soltó Murphy una carcajada jovial—. Pero creo que mucha gente hizo ya dinero sin necesidad de utilizarlo demasiado.

—Es lo que siempre dije yo también —le contempló ahora con cierta simpatía, un poco recelosa. Luego, escudriñó de reojo a Betsy Langdon, cantando en la pista una pieza del repertorio de Doris Day, con tan poca gracia y tan rutinario estilo como la propia creadora original. Aunque, eso sí, con bastante más exhibicionismo anatómico—. ¿Qué hace por fin? ¿Elige el champaña de cien

dólares?

—No —negó Marty, riendo—. Elijo dos martinis a secas, preciosa. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Arlene. Arlene Benson —dijo ella, seca—. Y le advierto que fracasará con esa táctica. Betsy no va a sentarse con usted a tomar un martini.

—Veremos, encantadora señorita Benson —objetó, burlón, Marty Murphy.

—Excelente —rió ella, paladeando el combinado. Dejó la copa sobre la mesa—. Es muy amable de su parte, señor...

—Murphy. Marty Murphy, Betsy.

—Bien, Murphy. No le llamaré «señor». Me parece demasiado joven y atractivo para eso. —Betsy Langdon le guiñó un ojo—. Decía que el martini es excelente.

—Alguien dijo que usted no lo bebería conmigo en una mesa.

—Tonterías. No lo hubiese hecho con un cliente cualquiera, pero con un federal... —Se inclinó hacia él y tocó su mano, frívolamente—. Un federal guapo, arrogante y...

—Bueno, deje eso. —Marty sacudió la cabeza—. Bebamos el martini para acompañar la charla. Nadie sabe aquí que yo soy federal. Eso me dará cierto aire importante ahora, al ver que logro lo que usted no concede a nadie.

—¿Eso le divierte?

—Sólo en cierto modo. —Marty contempló fijo a su interlocutora, a través de la mesa del club «Tropicana», donde estaban tomando sendos martinis, ante el evidente asombro de Arlene Benson, la muchacha de la barra. La voz del federal resultó ahora grave, solemne—: Betsy, usted sabe a lo que he venido, ya se lo dije al invitarla. Se trata de... de un hombre llamado Rex Winthrop.

—Sí, me lo dijo —ella apretó los labios—. ¿Qué vino a decirme de él?

—Algo que usted no sabe, Betsy.

—Creo que está equivocado. Sé que está casado, que es muy rico, muy influyente, muy conocido en los ambientes financieros. ¿Algo más, Murphy?

—Sí, algo más. Es sospechoso de asesinato.

—¿Qué? —Ella abrió unos ojos redondos, como platos, grandes

y muy verdes. Con su piel pálida y su cabello rubio, teñido de un tono muy claro, tenía el aspecto de una muñeca—. ¿Ha dicho... asesinato?

—Eso dije, sí. Winthrop está ahora navegando hacia las Bahamas.

—Lo sé. Va a Nassau con su mujer y con un invitado importante, un tipo rico. ¿Qué tiene eso que ver? ¿Es que mató a su mujer para casarse conmigo? —Remachó, con deliciosa ingenuidad.

—Me temo que difícilmente haría él eso, ni por usted ni por nadie. No, Betsy. A quien pudo haber matado es a un político importante en Florida y en todo el país, enviando a un pistolero para su ejecución.

—¿Está hablando de... de ese hombre, de Ronald Lambert?

—¿Le conocía? ¿Le habló Winthrop de él?

—Bueno, no... Yo leí los diarios, vi los boletines de televisión... Rex nunca habló de él, lo juro...

—Miente muy mal. Claro que habló de él. Y tuvo que hablar mal, forzosamente. Muy mal.

—¡No! —Casi gritó ella, sobresaltándose. Se echó adelante, y de tal modo lo hizo, que su generoso busto derribó el martini sobre el mantel. Añadió, muy débil—: ¡Oh, qué torpe soy!...

—Muy torpe, pero no para derribar martinis, sino para engañarme. Todos sabemos que Winthrop era el enemigo mortal de Lambert. Él le detestaba violentamente. Hubiera sido capaz de cualquier cosa con tal de destruirle. No creíamos que llegase al crimen. Pero llegó.

—¡No, estoy segura de que no! —rechazó ella, encogiéndose sobre sí, medrosa.

—Bendita inocencia, si de veras piensa eso —jadeó Marty Murphy—. Yo, por desgracia, no tengo iguales ideas al respecto, y de veras que lo siento, pero así es. Para mí, Rex Winthrop sería muy capaz de asesinar a cualquiera que se interpusiera en su camino de millones fáciles. Aunque ese obstáculo se llamase Ronald Lambert y fuese senador por Florida. Usted, sin duda, tiene que saber cosas. Muchas cosas sobre él, preciosa.

—No, no, le juro que no... —Casi sollozó ella, desgarrado su tono—. No sé nada de él, no puedo ayudarle en nada... Lo juro, lo juro... Es cierto que Rex no era buen amigo de ese político, que le

aborrecía, pero nunca dijo que pensara matarle, ni creo que llegase a semejante cosa, Murphy...

—Ojalá estuviese yo equivocado —suspiró Murphy—. Pero todo le acusa. ¿Sabe algo, Betsy? James Edwards ha sido identificado como el hombre que apretó el gatillo de un arma de fuego apuntando a Lambert...

—Dios mío, no... —Palideció intensamente ella.

—Conoce a Edwards, ¿no es cierto?

—Sí, sí... Es el... el piloto del yate «Gaviota»...

—Exacto. Descríbalo, por favor.

—Delgado, cráneo calvo, ojos muy claros, de un azul desvaído...

—No siga. Es él. Subió a bordo a poco de disparar sobre el senador, y huyó a las Bahamas, a bordo del yate, con Winthrop y con su invitado, y los demás pasajeros de la embarcación.

—Sería Edwards mismo quien lo hizo... —mintió desesperadamente ella, viéndosele la angustia en su gesto, en su lividez—. Tuvo que ser así, no hay otra explicación...

—Edwards, personalmente, no tenía motivo alguno para matar a Lambert. Por orden de su amo, todo cambia radicalmente. Los motivos están claros. Las industrias que dirige su amado Rex Winthrop no son precisamente nada limpio, ni sus centros industriales están demasiado claros en el terreno legal. Se sospecha corrupción en su forma de llevar las cuestiones industriales.

—Winthrop tiene muy mala fama, eso es todo... —arguyó débilmente ella.

—Oh, claro; eso es todo —remachó Marty sarcásticamente—. Pobrecito Rex Winthrop... Es posible que cuando le echemos la zarpa encima, logre hacer cargar a alguien con las responsabilidades. Tiene demasiado dinero para recibir un castigo apropiado a sus actividades, pero aun así alguna vez se hará justicia. Incluso con las gentes como Winthrop.

—¿Por... por qué vino a decirme a mí todo eso? —se quejó Betsy amargamente.

—Aún no lo sé. —Marty se puso en pie, dejando un billete bajo el pie de la copa de martini suya, aún sin terminar—. Pensé que podría decirme algo importante sobre su amiguito y todo lo demás. Veo que no fue así, lamentablemente... Perdone, y buenas noches. No quiso cooperar, pero cuando Rex Winthrop caiga, usted caerá

con él, no lo dude.

Hizo un saludo burlón, ceremonioso, y se alejó, dejando a la angustiada Betsy con aire confuso, aturdida y llena de inquietudes.

Pasó por la barra. Se detuvo un momento, y Arene Benson dejó de agitar una coctelera diestramente, para mirarle con curiosidad y cierta leve admiración interior.

—De modo que lo consiguió —dijo entre dientes ella—. Betsy tomó martini...

—Ni siquiera lo tomó —rió Marty—. Lo derribó de puro nervio... ¿Usted sí tomaría martini conmigo, preciosa?

—Solamente los lunes —rió ella alegremente. Y añadió—: Es mi día festivo...

—No lo olvidaré —dijo Marty, saliendo al exterior.

Poco después, el motor de su coche roncaba, alejándose en la noche de Miami Beach, bajo el cielo estrellado, eternamente veraniego, entre palmeras, franjas de arena y carreteras de asfalto que se perdían, rumbo a las ciudades del interior o los Everglades.

Ni siquiera cinco minutos tardó Betsy Langdon en salir al exterior. Miró a un lado y otro, cautamente. Observó que quedaba un hueco reciente en el aparcamiento de vehículos, y sonrió en la penumbra nocturna. Echó a andar resueltamente hacia un pequeño coche «*sport*» amarillo, un «Porsche» último modelo.

Subió a él. Condujo rabiosamente hasta un «*bungalow*» perdido en las largas y desiertas playas de Miami Beach, rodeadas de palmeras y de silencio. Allí se detuvo. Volvió a mirar alrededor. Todo era quietud en la carretera, en la playa, en las zonas de vegetación y en las hileras de «*bungalows*» oscuros y callados.

Dejó el coche bajo las palmeras. Entró rápidamente en el «*bungalow*», abriendo su puerta con llave. Tiró a un lado su capa de pieles, y caminó a zancadas hacia una habitación, donde se encaró a un mueble-bar. Lo abrió. La luz reveló hileras de botellas de licor, de juegos de vasos y de copas, de mezcladoras y jarritas para *whisky*... Presionó en uno de los espejos laterales del mueble, sobre un soporte de copas. Cedió el panel completo. Apareció un cuadro de controles de un emisor-receptor de onda corta. Se acomodó ante él, empezando a transmitir febrilmente, primero con llamadas Morse.

Indudablemente, esas llamadas formaban parte de una clave,

porque se repetían espaciadamente, de forma regular. Después, cerró la emisión, para aguardar la recepción. No tardó ésta en producirse, igualmente espaciada, con otros signos Morse especialmente agrupados.

Betsy Langdon sonrió, con expresión complacida. La comunicación se había establecido ya. Ahora, pasó ella a comunicar, pero sin utilizar signos Morse, a base de un pulsador, sino utilizando palabras que pronunciaba con claridad:

—El federal Murphy me ha visitado en el club. Me interrogó. Creo que no le he informado de nada particularmente revelador. Si algo sospecha, se siente confuso de todos modos. Pero siguen la pista del yate. Ha relacionado el «Gaviota» con lo de Lambert. ¿Qué debo hacer ahora?

Cambió. La respuesta le llegó en una voz lejana, de difícil definición:

—Sigue actuando de igual forma. No te preocupen sus sospechas. Trata de establecer mayor relación con él. Si es preciso, finge pasión, establece contacto íntimo con Murphy. Obtén la mayor cantidad posible de datos a través suyo. Finge una historia convincente. No importa que siga la pista del «Gaviota». Necesita probar muchas cosas.

Hubo un cambio. Ella respondió:

—No parece fácil de manejar. Es astuto, desconfiado... Será preferible mantenerlo lejos.

—Nos interesa saber lo que el F. B. I., sabe al respecto, lo que van a hacer seguidamente. Ese policía puede ser importante en ese terreno. Utiliza todos tus recursos.

—Está bien. Lo intentaré. Cambio, y termino.

—Conforme. Tenme al corriente de todo. Llama siempre a las mismas horas. No conviene que nadie de a bordo, excepto yo mismo, recoja tus mensajes. Cierro.

Se interrumpió la comunicación por radio. Betsy volvió a cerrar el mueble, con la emisora tras el panel de espejo del bar, y se puso en pie, con un suspiro. Un brillo de astucia asomaba a sus ojos. Al parecer, todo iba bien, conforme a lo previsto.

Ella no podía saber que, allá afuera, en la noche de Miami Beach, alguien acechaba y vigilaba estrechamente sus pasos. Ella no podía sospechar siquiera que el hombre a quien le encargaban

manejar a su antojo, conforme a las necesidades del plan en curso, estaba detectando sus ondas de radio desde un automóvil, en cuya capota giraba una especial antena detectora de emisiones en diversas frecuencias, y un aparato repetía fielmente, aunque con cierta debilidad y borroso sonido, las palabras pronunciadas a distancia por una fría voz varonil, en respuesta a los informes emitidos por la voz femenina de Betsy Langdon, desde el emisor-receptor de su domicilio.

Una expresión de astucia asomó al gesto de Marty Murphy. Muchas de las cosas que él había sospechado, se iban cumpliendo minuciosamente. No se fió de la aparente inocencia y torpeza de Betsy, en el «Tropicana». Había esperado fuera, seguro de que Betsy no tardaría mucho en abandonar el local, para informar a alguien sobre su visita e interrogatorio. Así había sido.

Por la forma de emitir, era seguro que la comunicación por radio había sido con un emisor-receptor situado a bordo del yate «Gaviota», propiedad del multimillonario Rex Winthrop, enemigo personal del senador Ronald Lambert desde hacía mucho tiempo.

Si la amiguita oficial de Rex Winthrop no comunicaba con el yate, ¿quién, sino el propio Winthrop, habría sido su misterioso comunicante de alta mar?

Comprobó que el magnetófono incorporado al sistema detector de ondas de radio había funcionado, grabando la conversación a larga distancia de ambos personajes. Pero eso, por sí solo, no constituiría prueba alguna ante un tribunal federal. Sin embargo, quizá era el momento adecuado de planear una acción concreta contra Betsy, contra Winthrop y contra todos los que hubiesen participado en el asesinato de Lambert, cuyo ejecutor personal, el piloto James Edwards sin duda alguna, no era sino un peón, un simple asalariado del verdadero asesino, el millonario propietario del «Gaviota». El hombre que ahora se dirigía con su esposa y con un prestigioso y rico invitado a bordo, rumbo a las Bahamas.

Lentamente, recogió la antena, contempló el oscuro «*bungalow*» playero de Betsy Langdon, e inició el regreso al centro de Miami, reflexionando sobre los inmediatos movimientos a hacer.

—Son los informes sobre James Edwards, Marty.

—¿Informes de Washington?

—Exacto —asintió Frank Baxter—. Como verás, no hace sino confirmar nuestras suposiciones, punto por punto. Lee esos datos cuidadosamente.

Lo hizo. Tomó el texto enviado por teletipo desde la central federal de la capital, relativo a la personalidad e historial de James Edwards, piloto del «Gaviota».

Era muy elocuente el informe de los archivos federales sobre aquel hombre:

«JAMES EDWARDS BRENT. —Piloto especializado en motores navales, con empleos frecuentes en yates de millonarios. Cursó estudios de tipo medio. Fue actor teatral durante algunos años, especializándose en caracterizaciones y tipos diversos. Muy hábil en el maquillaje. Prestó servicio en la Marina, destacando como tirador. Alcanzó considerable puntuación en tiro de rifle y pistola. Nacido en Minnesota, en el año 1922. Mujeriego, poco escrupuloso, fue castigado durante su servicio militar, por pendenciero y falto de disciplina. Mató a un hombre y fue procesado por ello por vía militar, pero pudo probar que era en defensa propia. Repitióse el hecho en su vida civil, una vez licenciado, y mató a dos hombres a tiros. Pudo probar que era legítima defensa también en este caso, salvándose de una sentencia condenatoria. Casado y divorciado en dos ocasiones con mujeres de dudosa catadura.

»Actualmente trabaja para Rex Winthrop, empleo en el que lleva escasos meses, justamente tras haber cumplido condena por escándalo, injurias y daños físicos a varias personas, en Daytona Beach, Florida. Tuvo algún otro empleo entre su encarcelamiento y su actual trabajo, pero se ignora concretamente con quién y a lo que se dedicó entonces. Fuese lo que fuese, duró poco».

—Parece que es nuestro hombre —suspiró Marty, al terminar la página.

—Sí, eso parece —convino Baxter, pensativo—. Un pájaro de cuenta. Siempre salió bien librado de sus líos, sin embargo.

—Tal vez ahora sea diferente —habló con dureza Marty—. Esto es ya otra cosa. Hubo asesinato a sangre fría. Y en la persona de un senador de los Estados Unidos. Si cae, nadie va a librarle de la pena capital.

—No terminaste el informe. Vuelve la página, Marty —le aconsejó Baxter—. Todavía te falta el final. Es muy interesante...

Marty obedeció a su compañero. Dio vuelta a la hoja. El mensaje por teletipo continuaba allí, con un párrafo final:

«En una ocasión, James Edwards Brent estuvo seriamente comprometido en un asunto federal, perteneciente a la División de Trata de Blancas. Se supone que trabajó durante casi dos años para la organización “El Mercader”, persona misteriosa, de desconocida identidad, que se sabe trafica clandestinamente con mujeres jóvenes y hermosas, preferiblemente rubias, americanas, de raza blanca, para ser enviadas contra su voluntad a puntos interiores del Brasil, a zonas donde la mujer blanca se cotiza altamente, sirviendo en lupanares fluviales o terrestres, donde toda clase de gentes de la peor calaña sacian sus instintos de bestia con las infelices muchachas, brutalmente explotadas. “El Mercader”, personaje todavía no identificado ni capturado, es el cerebro, el amo supremo de la Organización Estrella del Sur, conocida así la banda criminal compuesta de mercaderes de mujeres blancas y hermosas, para internarlas en ese infierno de abyección y de perversión donde, fatalmente, terminan por arrastrar su ruina física y moral, o terminan asesinadas o víctimas de suicidio las que no tienen suficiente capacidad de resistencia para dejarse vender por los mercaderes de belleza femenina.

»Sin embargo, James Edwards, tras estar mezclado en la desaparición de dos muchachas, pertenecientes a un supuesto “*ballet*” o grupo artístico inexistente, pudo probar su falta de relación con el hecho y con sus responsables, librándose de un severo castigo. Sin

embargo, a esta Oficina, especialmente la División de Trata de Blancas, le quedó siempre la duda sobre su inocencia».

—Vaya, lo que faltaba... —suspiró Marty Murphy, sombrío—. Política, pistolero, trata de blancas... Un buen elemento el tal Edwards. ¿Cómo lo admitió Winthrop?

—Tal vez necesitaba un asesino a sueldo, un hombre infalible con un arma de fuego a distancia, falto de escrúpulos y capaz de todo por dinero. No hay duda de que, en tal caso, Edwards es el hombre.

—Sí, no hay ninguna duda sobre eso —convino Marty, con tono desabrido.

En aquel momento se abrió la puerta de la oficina. Entró el inspector John R. Stuart. Tendió un texto cablegráfico a Murphy y a Baxter.

—Respuesta de Nassau —dijo—. Creo que es hora de intervenir...

Sin responder nada, Marty tomó el mensaje, que comenzó a leer. A su lado, Frank Baxter se inclinó, leyendo al mismo tiempo que él, con igual curiosidad:

«Yate “Gaviota” llega Nassau mañana. Autoridades británicas estas islas dispuestas cooperar F. B. I asunto asesinato senador Lambert. Esperamos instrucciones. Retendremos pretexto legal yate Rex Winthrop. Noticias registro naval indican irregularidad permiso navegación aguas británicas. Servirá para distraerles unos días. Saludos y hasta pronto. Superintendente militar Michael Young».

—Es una graciosa ayuda —sonrió el inspector Stuart. Miró muy fijo a sus dos subordinados—. ¿Ustedes qué aconsejarían hacer, en este caso?

—Sencillamente..., ir a Nassau —dijo escuetamente Marty Murphy.

—Exacto, Marty. Usted irá a las Bahamas ahora mismo. Entretanto, Frank va a hablar con Elmer Lowell, agente federal de Trata de Blancas, que se ocupa oficialmente del caso «Sout Star

Gang», dirigido por «El Mercader». Y yo, hablaré con la señora de Ronald Lambert sobre ese mismo tema precisamente. Es casual, pero ¿sabían ustedes que el senador Lambert combatía decididamente el tráfico de mujeres, y había jurado que emplearía hasta su último aliento en la captura y final de «El Mercader» y su temible organización de traficantes de muchachas hermosas, con destino a la peor y más horrenda de las suertes?

—Cielos, no sabía... —murmuró Marty, sorprendido, abriendo mucho los ojos—. No me dirá, inspector, que también hay sospechas sobre la identidad real de «El Mercader» y que alguna vez se haya podido sospechar que...

—¿Que Rex Winthrop fuese «El Mercader» en persona? —Stuart afirmó lentamente, con expresión solemne—. Sí, mi querido Marty, eso es, justamente, lo que se dice. En varias ocasiones en que hubo un misterioso traslado de mujeres a Sudamérica..., el yate «Gaviota» fue avistado no muy lejos de donde, según informes, pudieron ser embarcadas las infortunadas jóvenes...

—Vaya —comentó Murphy, con expresión abstraída, taciturna—. Este asunto se convierte cada vez en algo más, mucho más apasionante, inspector...

—Es la verdad —convino Stuart gravemente—. Por eso quiero que Frank Baxter hable con Elmer Lowell ampliamente. Elmer lleva ya tres años estérilmente, obstinado y tenaz, detrás del caso «Estrella del Sur». Es un agente eficaz, voluntarioso e implacable. El mejor de su División. Puede sernos de mucha ayuda. Y nosotros a él. Por otro lado, creo que la señora Lambert sabe algunas cosas importantes sobre las actividades de su esposo, el senador, sobre todo en relación con el misterio de «El Mercader». Si es así, también necesitamos su cooperación. Usted, entretanto, amigo Marty..., buen viaje a las Bahamas. Y suerte con Rex Winthrop..., sin olvidar a James Edwards, el presunto asesino...

—Puede estar seguro de que no olvido a nadie —afirmó Marty, tajante—. A nadie...

IV

CREAME que lamento molestarla, señora Lambert. Sobre todo, en estas circunstancias por las que usted pasa ahora...

—No se preocupe, inspector —el rostro bello, suave, juvenil, de Coleen Lambert, que la hacía parecer mucho más joven que a su difunto esposo Ronald, pese a las canas que plateaban sus oscuros cabellos, prestándole incluso más atractivo a su serena hermosura—. Estoy habituada ya a los rudos golpes del infortunio. Ronald fue el primero y más fuerte de todos. Y ayer, sin ir más lejos, después de los funerales, la adversidad volvió a cebarse en nosotros, inspector.

—¿Ayer? No comprendo, señora... —se sorprendió el inspector John R. Stuart.

—Inspector, esta vez fue una sirvienta, una doncella mía, que servía en casa de los Lambert desde hacía ya diez años... La pobre Hattie, Hattie Miler, mi mejor compañera...

—¿Qué le sucedió?

—Al volver de los funerales... Un automóvil la arrolló, dándose a la fuga. No pudimos hacer nada por ella. Resultó con gravísimas heridas. Ingresó en el hospital ya sin vida. Y el autor del atropello no pudo ser hallado.

—De veras lo siento. El infortunio no viene nunca solo, señora Lambert. ¿Es posible que se tratase de algo diferente a... a un accidente? ¿Ella también trabajaba para su esposo? ¿Pudo saber algo sobre el asesinato?

—Bueno, nunca he pensado en tal posibilidad... —Abrió mucho sus bellos ojos oscuros, mirando fijamente al inspector—. Ella trabajaba tanto para mí como para mi marido, hacía encargos suyos, desde luego. Pero, desde el atentado, Hattie nada me dijo.

Parecía muy afectada, como todos, y lloraba abundantemente, pero eso era natural en ella, dado lo sucedido. No, no puedo creer semejante cosa. Hattie, asesinada... Suena tan imposible...

—A veces, una persona puede ser testigo involuntario de algo. Quizá un mensaje de su esposo, una persona que le visitara en ausencia de ustedes, algo que él hablara y ella lo escuchó, alguien que ella pudo ver cerca de la casa días antes del atentado... De cualquier modo, valdrá la pena investigar eso, si el autor del atropello no aparece, señora.

—Si imagina que puede haber relación entre ambos hechos, hágalo, inspector —rogó ella, poniendo una mano trémula en su brazo—. No quisiera que el mismo que me dejó sin marido hubiese también desahogado su furia criminal en la pobre Hattie, que nunca hizo daño a nadie...

—Esté segura de que no olvidaré el asunto, señora —prometió gravemente Stuart, Luego, con un suspiro, cambió de tema, dando a su voz una brusca transición—: Ahora, por favor, hablemos de lo realmente importante: el fin del senador...

—Sí, por supuesto —se estremeció ella—. Eso es lo que me tortura, lo que me horroriza...

—Usted sabe las sospechas que albergamos en el F. B. I: Winthrop. Rex Winthrop, el magnate de la industria.

—He oído hablar de ello en sus oficinas —afirmó ella lentamente—. ¿Por qué suponen tal cosa? Winthrop siempre simbolizó lo que Ronald combatía, pero...

—Es algo más que una suposición. Tiene su lógica aplastante. James Edwards, su piloto a bordo del yate «Gaviota», es un hombre que responde exactamente a la descripción del presunto culpable directo, de quien apretó el gatillo de un rifle conrea el senador.

—Dios mío...

—Edwards entró en el club náutico de donde levó anclas el yate citado, justamente unas horas después del atentado criminal. Ya antes había utilizado otro coche con doble matrícula y dos identidades diferentes. Solamente Edwards entró en ese club, cuando el coche de la persona que mató a su esposo se quedó frente al citado club. Allí estaba el arma, y Edwards parece la persona indiscutiblemente idónea. Buen tirador, experto con el rifle, falto de escrúpulos y de todo principio moral... Además, señora Lambert, y

esto es importante de veras..., se sospecha que James Edwards trabajó anteriormente para «El Mercader».

—«El Mercader»... —vaciló Coleen Lambert, esposa del difunto senador, entornando sus ojos con un escalofrío—. ¿Se refiere al jefe secreto de la organización «South Star», los traficantes de mujeres?

—Exacto. Su esposo luchaba abiertamente contra esa lacra terrible que es la trata de blancas. Puso en ello todo su esfuerzo. Dígame por qué motivos.

—Bueno, tenía dos fundamentales... —suspiró ella—. Uno, y principal, que consideraba ese delito como el más vergonzoso, inhumano y execrable de todos los existentes. Por otro lado, señor Stuart..., tenía vivas sospechas sobre la identidad real de «El Mercader».

—¿Quién creía que era «El Mercader»?

—Pues... siempre pensó que era Rex Winthrop en persona, y que parte de su fortuna provenía de ese negocio criminal.

—¿Por qué lo sospechaba? ¿Tenía motivos para ello, o era simplemente una corazonada?

—No, no. Ronald no se dejaba guiar solamente por corazonadas en los asuntos graves. Tenía evidencias.

—¿Qué clase de evidencias? ¿Las conoce usted, señora?

Coleen Lambert se puso majestuosamente en pie. Era alta, arrogante, hermosa y digna. Tenía porte, elegancia, serenidad. Tal vez tuviese ahora cuarenta años, pocos menos que su difunto esposo al morir. Pero, aparte sus canas y sus ropas oscuras, parecía tener menos de treinta años, tan joven era su rostro, tan brillante su mirada, ahora patética y triste.

—Sígame, inspector —pidió—. Voy a mostrarle algo que perteneció a Ronald.

Stuart la siguió hasta un gabinete. Ella abrió un secreter. Desde la pared, un gran retrato al óleo de Ronald Lambert, parecía contemplarles desde una dimensión diferente y lejana, pero entrañablemente próxima a ellos.

—Vea eso —pidió Coleen Lambert, extrayendo un documento del secreter—. ¿Quiere leerlo, por favor?

John R. Stuart tomó el documento. Lo leyó despacio.

Era una minuciosa, detallada relación de fechas, lugares y nombres. Una relación muy singular y expresiva:

«Día II de marzo de 1965. —Expedición de mujeres secuestradas en los Estados Unidos, parecen haber sido desembarcadas en Venezuela, según datos de las autoridades venezolanas, y conducidas a ocultos lupanares clandestinos del interior.

»Día 10 de marzo de 1965. —El yate «Gaviota», de Rex Winthrop, fondea en Maracaibo (Venezuela), y permanece allí tres días.

»Día 18 de agosto de 1965. —Informes no confirmados, acusan llegada de esclavas blancas al Brasil, rumbo a secretos garitos explotados por clientes de «South Star Gang».

»Día 16 de agosto de 1965. —Para una estancia de cinco días, el yate «Gaviota» fondea en Belem.

»Día 30 de noviembre de 1965. —En el interior de Colombia, una patrulla del Ejército localiza a una expedición ilegal. En la batalla, los sorprendidos sacrifican a diez mujeres jóvenes, asesinándolas brutalmente. Los culpables son muertos en la escaramuza. Se comprueba que eran mercaderes de mujeres, llevando su carga humana a algún lugar del interior, no localizado. Todas ellas eran norteamericanas.

»Día 28 de noviembre de 1965. —Había entrado en el puerto de Barranquilla el yate de Winthrop, “Gaviota”, para permanecer allí una semana. Abandonó puerto con tres días de antelación, dos después de llegar noticias de la refriega».

Giró la página. Seguía la relación, en términos parecidos, aludiendo a otros puntos de la geografía sudamericana: Honduras, Nicaragua, otros puntos de Brasil... Siempre, el paralelismo con la ruta y puertos del «Gaviota», era evidente.

Devolvió el texto a la señora Lambert. Ella meneó negativamente su cabeza.

—Creo que yo no haría nada con eso. Ronald ya no existe. Usted, sin embargo, puede continuar la tarea y aprovechar lo que él investigó. Si puede, hágalo. Será el mejor tributo a su memoria, esté

seguro.

—Lo estoy —afirmó el inspector federal severamente—. Gracias, señora Lambert. Creo que me ha dado usted mucho más de lo que podía esperar... Infinitamente más, en realidad... Le repito mis excusas por haberla venido a molestar, pero posiblemente gracias a ello algún día su marido pueda ser vengado, y se haga justicia sobre su asesinato.

—Estaré esperando ese día con verdadera impaciencia. No porque a Ronald vayan a devolverle la vida con ello, sino porque, al menos, su muerte, su sacrificio, no habrá sido estéril, y los culpables pagarán con su propia vida el mal que hicieron, convirtiendo en algo inútil su acción criminal.

—Tiene mi palabra, señora. El F. B. I. está tras ello. Y el F. B. I. no se cansa nunca, no cesa ya jamás en la tarea emprendida. Tarde o temprano, llegaremos al final del camino. Y ese final será el que le hubiera, gustado exactamente a su esposo... Ahora, mi doble condolencia por su pérdida irreparable y por lo sucedido a su doncella Hattie. Hasta siempre, señora Lambert.

—Hasta siempre, inspector Stuart..., y gracias por todo. En nombre mío y del pobre Ronald.

—¿De modo que tú también crees en la culpabilidad de Rex Winthrop?

—Tengo que creer, Frank —aseguró con voz firme el alto, rubio, joven y nervioso Elmer Lowell, agente especial de la División de Trata de Blancas del F. B. I., moviendo sus manos con ademanes muy expresivos—. Tengo que creer a la fuerza, porque el «Gaviota» pudo ser la embarcación que trasladó, clandestinamente, a esas mujeres vendidas a los infrahumanos comerciantes de muchachas del interior de Sudamérica, de esos garitos flotantes o internados en la jungla, donde nativos, gente de mal vivir, trabajadores de los sitios más aislados y solitarios, van a desahogar sus instintos con esclavas que, si no se someten de buen grado al envilecimiento forzoso, son asesinadas o tienen que poner fin a su vida por sí mismas.

—¿Cómo pudo un yate como el «Gaviota» cruzar las barreras de guardacostas, de Policía y de cuanto pudiera significar investigación de su sospechosa frecuencia en aguas donde se sabía que habían sido desembarcadas mujeres con destino a ese mercado bestial?

—Rex Winthrop es la respuesta. Hombre influyente, rico, dominador de mil recursos. No se sospechaba de él. Las comprobaciones han ido viniendo luego, paulatinamente. Sí, Frank. Creo que fue él, y que si alguien es «El Mercader», tiene que ser él, y no Andrew Warren, como mucha gente en este Departamento imagina.

—¿Andrew Warren? ¿Quién es él?

—Un hombre muy rico, con negocio de frutos y conservas con diversos países sud y centroamericanos. Tiene una pequeña flotilla de cargueros que trabajan para él y tocan puertos de Centro y Sudamérica. Posiblemente hubo coincidencias en algunos casos, y eso hizo suponer a nuestra División que en esos cargueros viajaban mujeres convertidas en esclavas. Aparte de que nunca se confirmó, personalmente creo que Warren está al margen del asunto. Aunque sea un hombre falto de escrúpulos y de barreras morales, lo cierto es que no me parece capaz de regir una organización semejante en los Estados Unidos, para el rapto y traslado de las mujeres escogidas. Le falta cerebro para eso, estoy seguro. En cambio, Winthrop es el hombre: frío, calculador, minucioso y astuto.

—Pero Winthrop rara vez viaja solo. Va su esposa, algún invitado, su secretario personal, Adam Forbes, su piloto, James Edwards...

—Lo sé. Edwards no parece un tipo muy digno de confianza para el F. B. I. Aun antes de hablarme tú del asunto Lambert, Edwards no me merecía el menor crédito. En cuanto a Adam Forbes, aunque es su secretario personal desde hace cuatro años, si algo sabe sobre esa clase de negocios, callará porque gana buen dinero con Winthrop. Ya antes fue secretario de otro millonario, no sé quién exactamente, y tiene fama de ser sumamente leal y reservado. En cuanto a la señora Winthrop..., podría ser su cómplice o bien estar ajena al asunto.

—¿Llevando a bordo mujeres prisioneras?

—Las mujeres pueden viajar drogadas hasta su puerto de destino, y el yate «Gaviota» es lo bastante amplio para poder ocultar en su bodega a docena de muchachas sometidas a la acción de un somnífero, pongamos por caso, durante una serie de días, en los que las alimenten con inyecciones. Ellas no producirían ruido, y una puerta cerrada nada significa.

—Eso puede ocurrir en un viaje, pero en tantos eferentes...

—Es que no siempre viaja la señora Winthrop con su marido, ni mucho menos. Incluso el propio Winthrop es muy disimulado en eso, y elude comprometerse. A veces, ha sido su esposa la que viajaba sola en el yate, con el personal compuesto por Adams Forbes y el piloto Edwards. Y él se reunía luego con ella, tras tocar el puerto estratégico donde se supone que desembarcaron las mujeres prisioneras, haciendo un vuelo en helicóptero o avioneta. Así, no siempre se puede, acusar a Winthrop de dirigir el viaje con la supuesta mercancía viviente a bordo.

—Sí, es muy astuto. Pero todo eso me hace suponer una cosa: su mujer está en el secreto, forma parte del grupo. En fin, sería su cómplice y encubridora del sucio negocio criminal.

—Es lo más plausible, sí. Creo que toda la tribulación puede estar mezclada en el asunto. Eso justifica todo lo que Winthrop haga. No olvidemos que ésa no es tarea de un hombre solo, sino de un cerebro y muchos brazos a su servicio. En suma: organización, método, un perfecto «gang»: el «Estrella del Sur», que dirige el enigmático personaje conocido como «El Mercader» en los bajos fondos de todo el mundo.

—Sí, entiendo. ¿Qué está haciendo ahora al respecto?

—Nada o muy poco —confesó amargamente Elmer Lowell—. No dispongo de medios ni material para atacar directamente a Winthrop o a cualquiera de su organización. Estamos virtualmente parados en el caso del «El Mercader».

—Espero que las cosas vayan mejor a partir de ahora, Elmer.

—También yo. —Lowell estrechó su mano cálidamente, con una sonrisa cordial—. ¿Crees que no correrá mucho peligro nuestro compañero Murphy, allá en las Bahamas, siguiendo la pista al «Gaviota»?

—Confío en que sepa protegerse. Marty es un agente con experiencia y decisión. Y él ya sabe que, aparte la posibilidad de estar enfrentándose al «gang» de «Estrella del Sur», o a parte de él, se encara sin duda alguna con un asesino: James Edwards, que manejó el arma que terminó con la vida del senador Lambert.

—Dios quiera que resulte algo de todo esto —suspiró Elmer Lowell, pensativo—. Lo importante es que, de alguna forma, el F. B. I. gane la partida a Winthrop. Sea en el terreno que sea: como

traficante de mujeres blancas, o como ejecutor de un asesinato político en la persona de un gran defensor de las leyes de nuestro país, como era Lambert.

—Ten la seguridad de eso, Elmer. Es por lo que luchamos todos: Murphy, tú, yo, el inspector Stuart. Cuantos formamos parte de esta gran familia federal. El F. B. I. triunfará, sea como sea y por el procedimiento que sea.

—Me gustaría tener tu gran seguridad —meneó Lowell la cabeza, escéptico, dubitativo—. Lo cierto es que estoy un poco desilusionado, tras las veces que me enfrenté a Rex Winthrop, tratando de desenmascararle y acabar con él.

—Esta vez, el cerco se aprieta en torno suyo, vamos a tratar de que ese cerco le estrangule de una vez por todas, Elmer. De cualquier modo, te avisaré, de lo que haya. Espero que tú, entretanto, sigas en la brecha.

—Ten por seguro que no me detendré en absoluto. Ni ahora, ni nunca.

Sus manos volvieron a apretarse enérgicamente. En la mirada de ambos hombres brillaba esa firmeza, esa seguridad rotunda en que, fuese como fuese, la victoria final tendría que corresponder, necesariamente, a los defensores de la Ley.

El mensaje cablegráfico llegó de Nassau, islas Bahamas, a la Oficina Federal de Investigación en Miami, poniendo su contrapunto dramático en el caso:

«Llegado Nassau. James Edwards asesinado. Rex Winthrop desaparecido. Yate “Gaviota” aprehendido autoridades inglesas. Esperamos instrucciones urgentes. Telefoneo datos más amplios. Saludos: Marty Murphy».

SEGUNDA PARTE

MERCADERES

I

—¿**E**S él, superintendente?

—Sin duda alguna. James Edwards Brent. Ha sido identificado por los ocupantes del yate. Tanto el señor Drury Carmichael como la señora Winthrop y el secretario de Rex Winthrop, Adam Forbes. Era piloto del yate.

—¿No pudo ser suicidio?

—No. Homicidio. Seguro, Murphy.

Marty Murphy asintió lentamente. Dejó que cubrieran el cuerpo de James Edwards con la sábana. Luego, paseó por el Depósito de Cadáveres de Nassau. El superintendente Michael Young, pelirrojo, con grandes bigotes, vestido con el liviano uniforme de la Policía militar británica en las Bahamas, le contempló, pensativo...

—Homicidio... De modo que alguien asesinó a Edwards...

—Exacto. Le asesinaron de un disparo en la nuca. Nadie se suicida de ese modo.

—Cierto. Es un crimen, no hay duda. ¿Disparo a quemarropa?

—Sí. Apoyaron el arma en su nuca y apretaron el gatillo. Tiraron sobre seguro.

—Ya veo... ¿Se sabe algo sobre ese crimen?

—Muy poco, usted lo ha visto. Los tripulantes no entienden lo ocurrido. Sólo saben que hallaron el cuerpo de James en la cabina de motores y combustible. Y que Rex Winthrop no estaba a bordo, ni en parte alguna de Nassau, que se sepa.

—Todo un misterio, ¿no, superintendente?

—Es lo que digo yo. Esperemos a ver lo que tienen que decirnos sus compañeros del F. B. I. Tengo un mensaje de la División de Trata de Blancas, y otro de Interpol, procedente de París. Ambos se interesan por el caso Winthrop. Y por ese yate, el «Gaviota».

—Sí. Me temo que el asunto escapa a mi jurisdicción —suspiró Marty—. Yo investigo un delito federal diferente: el asesinato de un senador en Miami. Ahora. Elmer Lowell, otro compañero, se ocupará del asunto de la esclavitud femenina, si realmente Winthrop o el yate tuvieron alguna parte en el asunto de «El Mercader» y su «gang», «South Star».

—¿Cree que ambos casos se relacionan?

—El senador era su única relación: enemigo personal y político de Winthrop, enemigo de la trata de blancas, combatía ferozmente contra ese delito. Si existe un punto en común en ambos delitos federales, era Lambert. Yo busco un asesino, Lowell, un traficante en mujeres conducidas a la fuerza a sitios vergonzosos. Posiblemente buscamos la misma cosa y la misma persona, en el fondo de la cuestión.

—Pudiera ser, sí —convino el superintendente británico—. En fin, esperemos lo que deciden sus amigos del F. B. I. Yo tengo ahora motivo grave para retener al «Gaviota» y sus viajeros. Pero eso, naturalmente, crea una difícil, una tensa situación, con uno de los ocupantes de esa embarcación.

—¿Con quién?

—Con Drury Carmichael. Ese hombre es más rico y prestigioso que el propio Winthrop. No se le puede retener arbitrariamente. Le he puesto la excusa del crimen, pero no podré mantener mucho tiempo la situación. Él, lógicamente, exigirá abandonar Nassau.

—Drury Carmichael es americano. Creo que será preferible que hable yo con él, superintendente, tratando de suavizar las cosas.

—Se lo agradeceré de veras, Murphy. Encontrará a Carmichael en el yate. No quiso aceptar nuestra hospitalidad en el hotel Beach Bahamas Club. Desde luego, dos hombres armados guardan el yate, para evitar sorpresas desagradables...

—Bien. Iré al yate —dijo Marty Murphy—. Después de todo, creo es ya hora de visitar esa embarcación, tan importante al parecer dentro de este extraño asunto.

Era un hombre impresionante en su aspecto físico y en su personalidad.

Drury Carmichael era alto, arrogante, de cabellos oscuros, cuidadosamente peinados, ojos pardos, inteligentes, nariz de halcón, boca de labios delgados y firmes, con la sombra de un fino bigote.

Vestía impecablemente de color crudo, con corbata azul clara y camisa de un azul tenue, mucho más claro aún.

Tendió su enorme pero, sin embargo, elegante mano a Marty, estrechándose ambos hombres con firmeza sus manos. Una leve sonrisa asomó en el rostro grave del millonario.

—Es un placer conocerle, Murphy —habló el magnate de la Bolsa—. Parece ser que el F. B. I. tiene interés en todo este asunto, según me dijo ese inglés de pelo de panocha.

—Cierto —rió Marty de buen humor—. Rex Winthrop y su yate nos preocupan grandemente.

—¿Por qué, Murphy? No logro entender qué les relaciona con mi amigo Rex...

—Posiblemente lo entienda mejor cuando terminemos de hablar. Ante todo, señor Carmichael, imagino que la situación será algo violenta e ingrata para usted.

—Siempre es ingrato hallar un cadáver a bordo, víctima además de asesinato. Comprendo que esa gente, en Nassau, se empeñe en retenernos, en tanto se aclara lo de Edwards... Pero lo que no entiendo es por qué el F. B. I., andaba detrás de Rex...

—Es lo que yo le explicaré detalladamente, señor Carmichael. Ahora usted, por favor, dígame lo que realmente me interesa a mí, y que se refiere a este viaje de ustedes.

—Gustosamente, Murphy —suspiró el millonario.

Paseó por la cubierta, pensativo, con la vista perdida en el litoral exótico de las Bahamas. Su voz desgranó lentamente sus impresiones personales de todo aquello.

—Me une con Winthrop una vieja amistad. También hemos hecho algunos negocios; juntos, aunque en realidad tengamos criterios muy dispares al respecto, y no me guste su modo de actuar en el mundo de las finanzas y las inversiones. Lo suyo es la industria y lo mío la Bolsa pero no estriba ahí la diferencia, sino en otras cosas.

—¿Cuestiones de ética, de moral acaso...? —insinuó Murphy, arqueando sus cejas.

—Pues... sí —con dificultad aceptó eso Carmichael, mordiéndose el labio inferior, como si no quisiera aludir para nada a ese aspecto de la cuestión. Cosa que se demostró al eludir rápidamente una ampliación al tema, exponiendo en grave tono—:

Bien, lo cierto es que fui invitado por él diversas veces a uno de sus cruceros de descanso y turismo a la vez, y siempre, por diversas razones, me vi obligado a rechazar su invitación por falta material de tiempo, por exceso de compromisos o por agobio en los negocios. Esta vez, *sir* embargo, me fue posible aceptar, y Rex Winthrop pareció encantado. La verdad es que me complacían estos días de asueto, de olvido de los asuntos; febriles de mi ambiente, en la calma del océano y en lugares idílicos como éste...

—¿Resultó bien el viaje?

—Perfecto, sí. No puedo entender cómo terminó así, Murphy... Ha sido algo horrible.

—¿No advirtió nada extraño, nada sospechoso en la actitud del piloto Edwards durante todo ese tiempo?

—No, en absoluto. Lo cierto es que apenas le veía a él, lo mismo que a los dos marineros que en este viaje nos acompañaron, como auxiliares de Edwards.

—¿Dos marineros?

—Sí. No pertenecían a la dotación habitual del «Gaviota». Creo que Winthrop los contrató para estar más seguro de que todo iría bien a bordo. Los ha interrogado el superintendente Young, según creo, y no ha tenido nada contra ellos. Era la primera vez que trabajaban en este yate, ya se lo dije. Y parecen ser marinos profesionales, sin antecedentes dudosos.

—¿Le habló Winthrop de Edwards en alguna ocasión?

—Solamente para referirse a la excelente navegación que llevábamos. Por lo visto, el tal Edwards era un excelente piloto de embarcaciones a motor.

—También era un excelente tirador de rifle. Y un hombre de feos antecedentes.

—Me dijeron algo de eso en Nassau. ¿Es cierto que usted le perseguía por... por atentado criminal a un senador de los Estados Unidos?

—Justamente por atentado mortal contra el secador Ronald Lambert, sí —afirmó enfático Murphy—. El caía poco antes de hacerse ustedes a la mar. Edwards, tras hacer el disparo fatal, se encaminó al «Gaviota» para abandonar Florida a bordo de la embarcación.

—Resulta espantoso imaginar algo así —se estremeció Drury

Carmichael, pensativo. Luego, clavó sus agudos ojos pardos en el federal—. ¿Acaso están sospechando ustedes que Edwards y Winthrop...?

—¿Por qué imaginó eso? —Fue la rápida réplica de Murphy.

—Bueno, nunca fue un secreto la enemistad de Winthrop y de Lambert. Todos sabemos eso, y el hecho de que Edwards haya muerto al llegar a Nassau, y Rex haya desaparecido, me hizo pensar que ustedes tenían alguna sospecha que iba más lejos de la persona de Edwards...

—Es sólo una sospecha, naturalmente. Puede cumplirse o no, pero para eso he venido en avión a Nassau, en pos del «Gaviota». Y apenas llegué, me anunciaron que ustedes iban a fondear..., y supe que venía con ustedes el cuerpo de Edwards, ya sin vida. ¿Cómo ocurrió eso exactamente, señor Carmichael?

—Poco sé al respecto. La verdad es que yo no podía imaginar nada semejante. Cuando Adam Forbes salió gritando, diciendo que Edwards yacía sin vida abajo, junto al motor y el depósito de combustible, yo me quedé petrificado. Primero pensaron que era un accidente, que habría sufrido un colapso y habría caído. Después, vieron la herida en la nuca, y se habló de asesinato. Naturalmente, corrí a buscar a Rex y a su esposa. Cuál no sería mi sorpresa y la de su secretario, cuando solamente hallamos a la señora Winthrop... y se demostró que Rex se había ausentado de a bordo, sin dejar rastro. Lo curioso es que eso sucedía cuando aún estábamos a bastantes millas del litoral de las Bahamas, y no era factible imaginarse a Rex nadando por el océano.

—¿Encontraron otra explicación más razonable que ésta?

—Adam Forbes halló en falta un traje de inmersión con equipo de oxígeno. Cada equipo de éstos tiene aire respirable para dos horas, según me explicó. Dos horas hubiera sido tiempo suficiente para, buceando, alcanzar un punto cualquiera en el litoral de Nueva Providencia.

—Entiendo —se mordió Marty el labio inferior—. La teoría de una fuga, una evasión súbita de Winthrop, tomó cuerpo en seguida en la mente de todos ustedes.

—Bueno, eso parecía lo más razonable, ¿no?

—En cuyo caso..., la muerte de Edwards cabía achacarla a acción suya directa.

—No lo pensé entonces, pero... sí, creo que todos sospechamos algo así a bordo. Incluso su esposa. No lo dice, no revela nada, pero su modo de mirar, su ausencia de llanto, de dolor... En fin, creo que hay en todo esto un gran enigma, pero lamento ser impotente para ayudarle en nada, Murphy, si es usted el encargado de investigarlo.

—Le agradezco mucho su ayuda inestimable, señor Carmichael. Por cierto, a bordo de este yate debe haber, como es lógico, un equipo de radiotelegrafía, ¿no es cierto?

—Creo que la Ley lo exige a toda embarcación de la envergadura del «Gaviota», sí. Hay una cabina de radio a bordo. Yo mismo la he visto.

—¿Quién acostumbraba a controlarla, a recibir o emitir mensajes de cualquier tipo? ¿Observó usted eso?

—Observé que nadie tenía la labor concreta de ocuparse de tal cosa, aunque habitualmente era Winthrop o su secretario quienes lo hacían. Tienen un sistema de recepción de mensajes en teletipo, y otro directamente hablado. Cuando la comunicación es por radio, dialogada, he visto que una luz roja se enciende en la puerta de la cabina, avisando de la transmisión, y alguien va a atender la emisora.

—¿Y de noche?

—No sabría decirle —se encogió de hombros Carmichael—. Posiblemente era Edwards quién se ocupaba de ello, mientras sus marineros atendían el motor. Desde la cabina de motores era bien visible la luz roja del acceso a la cabina de radio, eso lo recuerdo bien. Véalo por sí mismo, Murphy. Desde aquí lo comprobará.

Murphy asomó al puente. Desde allí se veía claramente una puerta situada a popa, con los motores dentro. Enfrente, en el centro del barco de recreo, bajo su planta de camarotes y departamentos, la cabina de radio mostraba su antena y su puerta, con una luz pintada de rojo a la entrada. Carmichael había reflejado fielmente la situación.

—Gracias —suspiró Murphy—. Supongo que no va a poderme ser de mucha más ayuda, señor Carmichael.

—Me gustaría serlo realmente. Si piensa que es así, no dude en recurrir a mí. Me quedaré por mi voluntad en Nassau cosa de dos días. Por voluntad de las autoridades inglesas, no sé lo que podrá ampliarse esa obligación.

—Procuraremos que pueda irse cuando usted quiera —sonrió Marty—. Creo que las autoridades consulares se ocuparán de ello, señor Carmichael. Ahora, voy a tratar de hablar con los demás personajes de a bordo. Me interesan especialmente la señora Winthrop y el secretario del señor Winthrop, Adam Forbes.

—Los tiene en la cámara central, la que habitualmente se ocupa para reuniones y para pasar el tiempo con distracciones diversas, como juegos o lecturas, durante los viajes. No creo que puedan ayudarle mucho tampoco, pero le deseo suerte.

Drury Carmichael, el millonario invitado por Winthrop a aquel trágico crucero, tuvo toda la razón del mundo, una vez más.

No podían ayudarle demasiado, o no querían hacerlo. Adam Forbes, un hombre frío, correcto e inexpresivo, de unos treinta y cinco años, con aire de burócrata rutinario, pero vivaz mirada astuta, sabía tanto como Carmichael al respecto. O, al menos, eso decía él.

La señora Rhonda Winthrop, aparte parecer completamente alejada del drama, tenía sus ojos secos y duros. Ni una lágrima ni una sombra de dolor, como bien dijera Carmichael. Si acaso, cierta inquietud, cierta fría indecisión interna con la que estaba luchando.

—Créame que ha sido un golpe demoledor —decía con parsimonia Adam Forbes—. No sólo la muerte violenta e inesperada de Edwards, sino la desaparición del señor Winthrop sobre todas las cosas. Luego, esa ridícula teoría de las autoridades inglesas sobre un crimen político en Miami, y sobre posibles actividades en la trata de blancas... No tiene sentido nada de cuánto sucede, Murphy.

El federal no desvió de él los ojos.

—Pues el crimen político es cierto —cortó con frialdad—. En cuanto al otro delito, nada puede asegurarse aún, si bien existen fundadas sospechas para suponer que Winthrop sepa algo de ese tráfico de mujeres.

—Es completamente falso —cortó con serena energía Rhonda Winthrop—. Rex nunca pudo estar mezclado en algo tan vil. Siempre ha sido un duro hombre de negocios, y, como tal, no demasiado escrupuloso, pero eso fue todo. No se mezclaría en delitos de ese cariz. Imposible, se lo garantizo.

—¿También juzga imposible que él ordenase a Edwards cometer el asesinato en Miami, cuando el senador se dirigía a un acto

oficial?

—No sé —se encogió ella de hombros, glacial su expresión—. Nunca fueron demasiado amigos él y ese senador, pero de eso a culparle del crimen...

—Edwards trabajaba para él. Y aquí vino, después de cometer el crimen.

—Me consta que Edwards pidió permiso para estar ausente ese día, hasta poco antes de la hora de partida del «Gaviota». Eso lo habló delante de mi marido, que le concedió el permiso sin averiguar sus razones.

—Eso lo hablaron delante de usted, señora. Podía tratarse de una simple simulación.

—Por supuesto que podía ser eso —convino Adam Forbes—. Pero no creo que el señor Winthrop fuese culpable de nada vergonzoso.

—¿Por qué desapareció, entonces, al morir violentamente Edwards?

—No sabemos nadie nada en ese sentido —rechazó vivamente Forbes—. Pudo tener miedo por alguna razón, o intuyó que ustedes se le iban a echar encima por lo de Lambert. En cuanto a su desaparición, también sería posible que el que asesinó a Edwards le hubiera arrojado a él al mar, cometiendo un doble asesinato.

—¿Quién haría eso a bordo? ¿Usted, la señora Winthrop, Carmichael, o los marineros contratados?

—No se limita a eso el terreno de las sospechas —replicó Forbes, irritado—. Ocurrió de noche. Pudo llegar a bordo cualquiera, abordarnos con una canoa o un helicóptero.

—¿Ustedes oyeron algo sospechoso esa noche?

—No, nada —convino sordamente Forbes.

—¿Ni el disparo de un arma de fuego, la que mató a Edwards?

—Nada de nada —fue la señora Winthrop la que habló ahora. Sus facciones, sin duda hermosas en un tiempo, algo ajadas ahora, como su figura, quizá demasiado obesa, le hicieron recordar a Marty la belleza sensual y provocativa de Betsy Langdon, la amante de Rex en el «Tropicana». Dos mujeres bien distintas... La señora Winthrop proseguía—: Debieron disparar con silenciador, porque nadie oímos nada. Ni Carmichael, ni Forbes, ni yo.

—¿Tampoco supieron ustedes que la segunda noche de travesía

en alta mar hubo sobre las cuatro de la madrugada un mensaje por radio, con alguien de este yate?

—¿Cómo? —se sorprendió Adam Forbes—. ¿Un mensaje por radio en la madrugada? No, no sabíamos nada.

—Alguien atendió a esa hora justamente la emisora y receptora de radio de a bordo. Y respondió a su comunicante de Miami Beach. Tengo recogida la conversación en cinta magnetofónica. Una mujer va a ser arrestada en Miami por complicidad con un asesino, pero quisiera saber si su interlocutor a bordo fue Edwards, Winthrop o... uno de ustedes.

—Yo, nada sé de ninguna llamada de madrugada —rechazó la señora Winthrop secamente—. Siempre me acosté sobre las once durante este viaje. No me gusta trasnochar. Y a Rex tampoco. Se acostaba a la misma hora que yo.

Murphy sintió ganas de sonreír. Junto a su esposa, quizá no trasnochase Winthrop, pero cuando acompañaba a cierta señorita Langdon en un club nocturno de Miami Beach...

—En cuanto a mí, insisto en que no tengo ni idea de esa llamada —fue lo que dijo Forbes—. Si es cierto que alguien respondió a bordo, Edwards es quien tuvo más probabilidades de hacerlo. El señor Carmichael jamás atendió llamada alguna, ni creo que supiera manejar la emisora de a bordo. Además, no era tarea suya.

—Es lo que imaginé, señor Forbes —suspiró Marty, pensativo—. Gracias por todo. Creo que no pueden ayudarme mucho más. Por cierto, Forbes, ¿usted siempre vio lo que Winthrop pudiera llevar en el almacén de este yate, en anteriores viajes a Sudamérica?

—¿El almacén? —reveló perplejidad Forbes—. Pues... no. El señor Winthrop siempre llevaba consigo la llave del mismo, pero no creo que llevase sino provisiones de emergencia y cosas así... ¿Por qué pregunta eso, Murphy?

—Oh, por nada. Pensaba en la esclavitud... y en el modo de transporte. Gracias, señora Winthrop. Gracias, Forbes. Fue un placer hablar con ustedes.

Y se retiró con amable sonrisa, dejando a esos personajes preocupados y confusos, mirándola entre sí, sin pronunciar palabra.

II

NO hay la menor duda sobre esto —habló rotundamente Elmer Lowell, contemplando la amplia dependencia que se reservaba en, el yate para las mercancías de reserva y cosas semejantes, como herramientas, latas de combustible de emergencia y todo lo demás—. Aquí no existen compartimentos secretos. En suma, si fueron trasladadas mujeres contra su voluntad, tuvieron que hacerlo en este mismo almacén, ligadas o esposadas, amordazadas o sin conocimiento, pero solamente aquí los muros dan al casco del yate, sin duda de ningún género.

—De modo que eso es lo que hay. Pierde posibilidades este yate, como conductor de las esclavas para el mercado de bellas —señaló con cierta ironía Murphy.

Su compañero de la División de Trata de Blancas recorrió, ceñudo, la cámara situada en la parte baja del yate. Era evidente que se mostraba muy decepcionado con todo aquello.

—No sé qué pensar —señaló malhumorado—. Las coincidencias son exactas. No puede tratarse de una casualidad. Sería excesivo, Murphy.

—Pero tú mismo reconoces que es difícil esconder aquí a unas mujeres prisioneras.

—Ciertamente. Aunque estuviesen inconscientes, el riesgo era enorme. Cualquier inspección, cualquier aduanero que subiese, cualquier guardacostas o cosa así... Es más, el yate tuvo que sufrir varias inspecciones de ese tipo en sus numerosos viajes. Nadie pasaría por alto una bodega. Le harían abrir todas las dependencias a Winthrop. A no ser...

—A no ser, ¿qué?

—Que exista esa cabina secreta en otro lugar de a bordo, y no

aquí —se rascó Lowell la cabeza, perplejo.

—Podemos comprobarlo por los planos de a bordo. Un yate no es un viejo navío velero, Elmer. No es fácil hacer dobles paneles ni cámaras secretas. Todo eso queda para las novelas de principio de siglo, ¿no te parece?

—No siempre. Te sorprendería la cantidad de edificios modernos que, por una u otra razón, poseen pasadizos y entradas secretas, como cualquier viejo castillo. Aunque, naturalmente, sea sólo para organizaciones secretas, para delincuentes y para cosas así. Pero este yate puede poseer ese rincón oculto. Veremos los planos y los iremos comprobando minuciosamente sobre el terreno. Yo mediré las diversas cabinas, y tú me ayudarás. Si advertimos la menor anomalía, investigaremos eso a fondo. Puedes pedir ayuda al superintendente Young, para que nos envíe un par de hombres y eso facilite la tarea.

—Como quieras, Elmer. Pero sigo pensando que nos equivocamos en algo.

—Si Winthrop es «El Mercader», no hay error posible.

—¿Y si no lo fuese?

—Entonces..., el culpable tendría que ser Andrew Warren, el comerciante de frutos tropicales. No habría otra posibilidad. Quiero, de cualquier modo, investigar este asunto de la venta de mujeres. Y creo que nunca, como ahora, tendremos la ocasión de comprobar, sin lugar a dudas, si nuestro hombre, Rex Winthrop, es inocente o culpable de ese delito...

—Conforme. Te ayudaré en todo. Yo quiero solamente descubrir quién pagaba a Edwards, por qué fue asesinado antes de llegar a Nassau, y los motivos de la desaparición de Rex Winthrop, en relación con el crimen político de Miami. Lo demás, es cosa tuya.

—Nuestros casos pueden ser uno mismo, Murphy.

—Posiblemente lo sean. Pero falta aún demostrarlo —sonrió Marty, pensativo.

—Sí, desde luego. Falta demostrarlo. Manos a la tarea, Marty.

Terminaron su exhaustiva labor cuando ya había caído la noche sobre Nassau.

Elmer Lowell, de la División de Trata de Blancas, llegado urgentemente a las Bahamas al tener noticias el F. B. I. de los sucesos de Nassau por el informe directo de su agente, Marty

Murphy, era un hombre obstinado y terco como pocos. Era, asimismo, todo minuciosidad y método, al servicio de una voluntad férrea e indomable.

Logró medir, cabina por cabina, yarda por yarda de la cubierta del yate, desde la proa hasta la popa del «Gaviota», comprobando, incluso en pulgadas, que la eslora de la embarcación coincidía exactamente con las diversas dimensiones, desmenuzadas, de los camarotes y cabinas que constituían la embarcación.

Al final, bajo un palio azul oscuro, terso y despejado, donde las estrellas eran como brillantes dispersos sobre un terciopelo, en la cálida calma de la noche tropical, en que el yate se mecía simplemente por el vaivén tenue de las aguas, sin un solo soplo de brisa en el aire, Elmer Lowell se declaró vencido.

—Fracasé —dijo, rotundo—. El yate no tiene cámaras secretas. Ni a lo alto, ni a lo ancho, ni en sentido alguno. Todo coincide respecto al plano y a la dimensión total de la embarcación. No hay cabinas donde pudieran viajar mujeres secuestradas para el tráfico de esclavas blancas del vicio.

—Se lo dije —señaló glacialmente Adam Forbes, testigo silencioso de las medidas y comprobaciones, en una hamaca sobre la cubierta—. No tiene sentido lo que hacen ustedes. Éste es solamente un yate de placer, no un navío de esclavos.

—No busco esclavos, sino esclavas —rectificó incisivo Lowell, volviéndose a él como un áspid presto a picar—. Y sigo pensando que su jefe es el culpable, y «El Mercader» en persona.

—Es otro de sus tontos errores. Se le ha metido una ridiculez en la cabeza. Mi jefe no traficó nunca con esclavas. ¿Cree que yo no hubiese descubierto eso de algún modo?

—Usted sería entonces encubridor o cómplice. Y no hablaría tampoco.

—Yo no me mezclaría en algo tan feo y tan peligroso —se enfureció Forbes, irguiéndose—. Además de probar mi falta de honradez, demostraría ser un necio.

—No es necedad cobrar dinero. Se pagan muy bien las mujeres jóvenes, llevadas a la fuerza, clandestinamente, a los burdeles del interior de las selvas tropicales, Forbes —avisó desdeñoso Lowell—. Es un negocio que hace millonario al traficante, y llena de fácil dinero a sus intermediarios.

—Insisto en que está equivocado. Y nos ofende a todos con sus sospechas.

—Lo lamento. Si no coincidieran sus llegadas a puerto con el desembarco de remesas de mujeres llevadas por la fuerza a su trágico destino, el «Gaviota» no tendría motivo para ser sospechoso.

—Mera coincidencia. Además, el F. B. I., no tiene jurisdicción aquí. Están cometiendo ustedes una serie de arbitrariedades, abusando de sus atribuciones.

—Casualmente, Forbes, éste es territorio de protección británica —avisó con tono seco Elmer Lowell—. Y, como tal, está adscrito a las leyes internacionales. Existe la Interpol, a la cual pertenecemos Londres y Washington. A la Interpol le fascina investigar asuntos oscuros y feos como el de esas chicas manejadas igual que mercancía. Y en cuanto al F. B. I., en concreto..., estamos actuando con especial permiso y cooperación de las autoridades locales británicas. De modo que será mejor que se guarde eso de las jurisdicciones y demás. Podemos arrestar a cualquiera, si descubrimos algo que le comprometa. El hecho de hallarse en Nassau no le privará de estar bajo control federal en esta ocasión. Quizá eso es lo que hizo huir tan presurosamente a Rex Winthrop, cuando su piloto Edwards, el asesino del senador Lambert, fue muerto a bordo.

—No sé lo que tendría que ver Edwards con el senador, ni me preocupa. Pero sí le garantizo que el «Gaviota» jamás trasladó mujeres en su bodega ni en parte alguna, y menos aún contra su voluntad. Si persisten en esa acusación, aconsejaré a la señora Winthrop para que ejerza contra ustedes sus derechos legales, presentando una demanda por calumnia y difamación contra el F. B. I. Tengan por seguro que será atendida esa demanda, sin lugar a dudas.

—Sí, lo tengo por muy seguro —convino secamente Lowell—. Pero todas esas dificultades no lograrán sino fortificar mi decisión de llevar este asunto hasta su final, sea éste cual sea, Forbes. Sin miedo a demandas ni a hostilidades. Sin temor a nada ni a nadie, y ocurra lo que ocurra.

—Allá usted, Lowell. Ya está avisado.

—Sí. Me gusta estar avisado, Forbes. Aunque usted no me lo hubiera dicho, sabía de antemano a lo que me estaba exponiendo,

puede estar seguro. ¿Vamos, Marty? Creo que por esta noche nada nos queda ya por hacer aquí.

—Sí, vamos... —Murphy se detuvo, pensativo, contemplando la puerta de la cabina de radio. La roja bombilla continuaba inmóvil, sin luz. Eso le hacía recordar algo. Preguntó, volviéndose hacia el irritado Adam Forbes—: ¿No hubo nuevas comunicaciones procedentes de Miami Beach, alguna llamada por radio a este yate, desde que llegó a Nassau y murió Edwards?

—No, ninguna —rechazó Forbes—. Ahora soy yo quien se ocupa siempre de recibir los mensajes. Solamente llegaron los del F. B. I., ordenándonos permanecer aquí, y dos llamadas de periódicos sensacionalistas, pidiendo datos en exclusiva. No fueron atendidos.

—Gracias, Forbes. Lo que yo esperaba era la llamada de una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí. Betsy Langdon, del «Tropicana». ¿Le dice algo ese nombre?

Debía decirle algo, porque Forbes pestañeó, mirando a su alrededor inquieto, quizá por si la señora Winthrop estaba cerca y podía oírlo, pero la dama no estaba en la cubierta, y el secretario del millonario desaparecido respiró con alivio.

—Betsy Langdon... ¿Quién le habló del asunto, Murphy?

—Es muy sabido. Lo que me preocupa es la comunicación por radio, no los romances de su jefe, Forbes. Betsy Langdon, además de ser amante de Rex, parecía saber muchas cosas sobre el senador asesinado y sobre el F. B. I. Parece obvio que solamente podía ser su jefe el receptor del mensaje, ¿no?

—Creo que hay demasiadas cosas contra Winthrop, demasiadas evidencias sospechosas —se quejó Forbes—. No puedo admitir que todo eso fuese cierto, sin haberlo sospechado yo jamás, Murphy.

—Bueno, creo que sí, que eso es cierto. Posiblemente usted no llegó a sospecharlo nunca, pero eso no excluye a su jefe de responsabilidades. Betsy Langdon es algo más que una vulgar amigueta en todo este asunto. Y quiero saber qué es ella, exactamente, antes de seguir adelante con mi propio asunto, que quizá nada tenga que ver con el que investiga mi colega Lowell por su cuenta. Si son dos asuntos en uno, tanto mejor. Pero, personalmente, me ocupo en investigar el fin del senador Lambert. El busca a un traficante en mercancía humana. Puede ser casual o

puede ser completamente lógico que hayamos coincidido ambos en nuestras pistas, y éstas conduzcan a un mismo hombre: Rex Winthrop. Pero lo cierto es que ambos cooperamos, aunque cada cual busque lo que sus atribuciones como agente especial de una determinada División le exige. De modo que aunque se librase Winthrop de las acusaciones como traficante de mujeres vendidas como esclavas, tendría que responder de su posible participación en el crimen de Miami. O viceversa, Forbes. Cada delito es independiente del otro, y aunque el F. B. I., investigue ambos asuntos, nada se relaciona entre ellos. Sencillamente, nosotros tenemos muchos brazos y muchos ojos diferentes, Forbes. Los suficientes para abarcar cualquier delito que infrinja las leyes federales de los Estados Unidos de América...

Hizo un gesto con la cabeza, como deseando «buenas noches» al secretario de Winthrop, y se alejó, junto a su colega Elmer Lowell, camino de la pasarela que conducía de la cubierta al embarcadero de yates del puerto de Nassau.

Paseando por el muelle, bajo las estrellas brillantes y la quietud nocturna del trópico, hallaron a Drury Carmichael, el millonario huésped a bordo del «Gaviota». Vestía ahora pantalón blanco, impecablemente planchado, americana azul oscuro, ligera y elegante, con un distintivo deportivo alusivo a balandros, y la camisa y el pañuelo de bolsillo eran de un mismo amarillo suave, deportivo. Parecía más joven aún que durante el día. Su tez bronceada se mostraba más oscura a la luz difusa de los astros y de las luces del embarcadero.

—¿Terminaron su tarea? —sonrió, mirando a Lowell y a Murphy, y dejando de pasear.

—Sí —afirmó Elmer, ceñudo.

—¿Negativamente?

—Negativamente. Ese yate no tiene compartimentos secretos, señor Carmichael.

—Lo sospechaba —rió entre dientes el magnate de la Bolsa—. Hubiera sido una explicación demasiado simple. Además, no creo que Rex sea tonto. Los tontos no hacen fortuna.

—¿Qué quiere decir con eso? —Se intrigó Marty.

—Vamos, vamos. Eso que les oí decir, sobre la forma de tocar puerto y de dejar las mujeres esclavas en el país donde ellos

fondeaban, me parece demasiado ostensible, demasiado claro. ¿Imaginan que un hombre listo actuaría así?

—A veces, se confía demasiado en las propias fuerzas, en el prestigio personal de uno, en su dinero... Puede ocurrir que Winthrop no sea tan listo como cree, y haya actuado con un exceso de seguridad en sí mismo.

—Aun así, sería una gran torpeza.

—También fue torpe contratar a un asesino como Edwards, y llevar anclas el día mismo de la muerte del senador.

—¿Y si Edwards actuó por su cuenta, ignorándolo Winthrop? —sugirió Carmichael.

—Ya lo pensé. Sería factible, pero él era el habitual pistolero a sueldo. Y en cuanto a Winthrop, está el factor importantísimo de su enemistad y su odio hacia el senador Lambert, que le combatía despiadadamente.

—Bueno, Lambert combatía a mucha gente, en realidad. Que yo recuerde, luchaba contra la corrupción en los negocios, contra los «trusts» y monopolios, contra ese asunto que investiga su amigo Lowell, la trata de blancas..., y también contra los prejuicios raciales y en defensa de los derechos civiles, tantas veces pisoteados por los segregacionistas de nuestro país. En suma, Murphy, es de imaginar que no solamente Winthrop sería un enemigo capaz de desear la muerte de un hombre implacable, decidido y honesto, como Ronald Lambert.

—Pero Edwards, asalariado de Winthrop, mató a Lambert. Eso puede significar algo. Después, cuando iba a ser arrestado e interrogado Edwards... aparece muerto, asesinado. Y Rex Winthrop desaparece sin dejar rastro... ¿Qué pensaría usted de todo eso, si fuese policía, señor Carmichael?

El millonario vaciló unos momentos. Luego, hundió las manos en los bolsillos de su pantalón y exhaló un suspiro, inclinando la cabeza, pensativo.

—Bien, yo... creo que pensaría que usted tiene razón, Murphy. Y que Rex era culpable, endiabladamente culpable. Endiabladamente tonto, además...

—Gracias, señor Carmichael. Veo que, en el fondo, no son tan diferentes nuestros criterios, después de todo... Buenas noches.

—Espere, Murphy —le interrumpió el millonario—. ¿Sabe que el

superintendente Young me ha autorizado, por su parte, a abandonar Nassau, si es mi gusto?

—¿De veras? Lo celebro. Yo, por mi parte, no le retendré tampoco contra su voluntad. No habría motivo para eso. Mi amigo Lowell no sé si...

—No, tampoco —se apresuró a declarar Elmer—. El señor Carmichael ha sido únicamente un testigo casual. Si en tu caso no tiene relación directa alguna, en el mío menos aún. Es la primera vez que viajó a bordo del «Gaviota»...

—Y será la última —se apresuró a resoplar el millonario—. Aunque Rex regrese y me insista mil veces para acompañarle, caballeros.

—Le creo —rió Marty—. ¿Se marchará pronto de las Bahamas?

—Mañana a media tarde con seguridad —suspiró el magnate de la Bolsa—. He telegrafiado a mi empresa. Me enviarán una avioneta especial de mi aeroclub. Si alguno de ustedes regresa a los Estados Unidos, puedo llevarle conmigo gustosamente.

—Yo debo quedarme, señor Carmichael —habló Lowell—. El asunto, para mí, no hizo sino empezar. Y dista mucho de estar aclarado o en vías de solución. En cuanto a Marty...

—Para mí, todo ha terminado con la muerte violenta de Edwards —murmuró Murphy—. Si algún cabo suelto queda todavía por ahí, está en Miami Beach, y quiero investigar allí nuevamente.

—Entonces, si desea regresar..., ya sabe. Cuente conmigo mañana. Le puedo llevar a Miami o adonde guste en muy poco espacio de tiempo. Mi avioneta es excelente, Murphy.

Una vez más, el millonario había tenido razón.

La avioneta, ligera y moderna, era vertiginosa y segura en su vuelo. Cruzaba el Atlántico con celeridad y precisión, como una flecha. Su cuerpo plateado, con franjas rojas y verdes, era como un ave metálica, vivaz y de ágil maniobra.

El piloto, silencioso y respetuoso con su jefe, el poderoso Drury Carmichael, era un experto de primera línea en su trabajo. Parecía dominar aquella avioneta como un juguete, dócil a su mandó, a sus presiones, a sus indicaciones más leves.

—¿Complacido, Murphy?

—Sí, señor Carmichael —se volvió Marty hacia su anfitrión en aquel viaje, el millonario amigo de Winthrop—. Es una avioneta

excelente.

—Me alegra que le guste el viaje. Es rápido, limpio y cómodo. Mucho más que un yate.

—¿No le gustan los yates?

—Bueno, hay que tener uno, para que la gente no piense que uno no tiene dinero suficiente para permitirse ese lujo —rió entre dientes Carmichael—. Pero el mío se muere de viejo y de aburrido en un embarcadero de Daytona. Nunca lo utilizo, ni me gusta. Por eso le dije que la invitación de Rex la acepté un poco a la fuerza. Y así salió ello...

—¿Arrepentido de ese viaje a Nassau?

—Imagínese —torció el gesto—. No es agradable verse mezclado en los periódicos, con un crimen, un atentado político e incluso una sospecha de trata de blancas. Cielos, si realmente hizo Winthrop todo eso, logró engañarnos a todos. Sería un genio del crimen, aunque bastante torpe en sus métodos, como ya le dije anoche.

—Es lo único que no termina de encajar con los hechos. Esa torpeza que usted citó, y sobre la que he reflexionado. La verdad es que no podría hacerse nada peor de como lo planeó Rex Winthrop..., si es que lo planeó.

—¿Empieza a dudar ya? —sonrió Carmichael—. ¿He logrado infiltrarle la incertidumbre en su ánimo, Murphy?

—Creo que, en cierto modo, sí —asintió Marty, pensativo—. Mis dudas estriban en ese doble aspecto de la cuestión: ¿es ese hombre, Rex Winthrop, un torpe y obstinado criminal, o es inocente de todo, y alguien ha tejido un complot increíble en torno suyo?

—¿Con qué posibilidad se queda?

—No lo sé, señor Carmichael —suspiró el federal—. No lo sé...

El viaje proseguía sobre el azul impecable y terso del mar tropical. Las Bahamas habían quedado ya atrás, muy atrás en el horizonte. Cada vez se hallaban más cerca del litoral norteamericano, en sus costas de la Florida.

El piloto se volvió en una ocasión hacia ellos. Ante él, un aparato emitía intermitentemente una señal telegráfica.

—Mensaje de tierra, señor —dijo a su jefe—. Urgente y personal para el señor Murphy.

—Bien, Spencer —habló el millonario—. Deme auriculares y micrófono para el señor Murphy.

—¿Mensaje para mí? —arrugó Marty el ceño, tomando los auriculares y el micrófono que le tendía el banquero—. ¿De dónde procede?

—Nassau —explicó conciso el piloto.

Marty ajustó los elementos de comunicación. El «bip-bip-bip» sonó ahora en sus oídos. Deletreó. Era Morse. Daba su nombre y posición, y daba el punto de emisión: Nassau, intercalaron una clave que utilizaba el F. B. I. Supo que era Elmer Lowell su comunicante.

Hubo un chasquido en el sistema radiotelegráfico de a bordo. El Morse se cambió por una voz humana, la de Elmer:

—Habla, Lowell. Lowell, del F. B. I., habla a Marty Murphy, en vuelo hacia Florida.

—Marty Murphy, del F. B. I., contesta a Lowell. Adelante, Lowell. F. B. I., trescientos veintisiete al habla. Informa, Lowell.

—Lowell responde. F. B. I., ciento cuarenta y cuatro habla. Informe urgente.

—Escucho, Lowell.

—Murphy, la Policía británica ha sorprendido a una expedición, tierra adentro por Nueva Providencia Murphy, hubo tiroteo entre ellos. Han caído dos hombres, huyendo los demás. Eran negros, nativos de las Bahamas. Gente fichada como delincuentes profesionales por la Policía local. Abandonaron a tres mujeres al huir. Iban prisioneras, ligadas y amordazadas. Fue horrible, pero antes de abandonarlas... las asesinaron. Brutalmente degolladas, Marty.

—Cielos... ¿Qué significa eso?

—Estamos buscando a los fugitivos del grupo. Las chicas han sido identificadas como tres jóvenes norteamericanas, desaparecidas recientemente en nuestro país. Las tres se llamaban Claire Wuson, Ada McNeil y Rossie Bolton. Es obvio que se trataba de un nuevo contingente de mujeres para algún garito que existe, clandestinamente, en el interior de Nueva Providencia. Las autoridades locales buscan afanosamente ese garito desde hace ya muchos meses. Saben de su existencia, pero no lograron localizarlo aún.

—Entiendo. ¿Qué sospechas? ¿Que esas mujeres viajaron en el yate «Gaviota»?

—Cualquiera lo pensaría, de no haberse presentado la muerte de Edwards y nuestra presencia en Nassau, revisando esa embarcación. La coincidencia volvió a darse, Marty. Donde fondeó el «Gaviota», aparecieron mujeres conducidas como esclavas.

—Pero esta vez sabemos que no pudo ser ése el procedimiento, Elmer.

—Cierto. Es lo que me confunde. No sé cómo seguir ni qué buscar ahora...

—Yo que tú, averiguaría qué otras embarcaciones han fondeado en esa isla últimamente... Y luego, averigua cuál de ellas estuvo antes en los lugares mismos donde estuvo el «Gaviota» de Winthrop...

—Sí, es una buena idea. Nada más, Marty. Buen viaje a Florida.

—Gracias, Elmer. Y suerte con tu asunto.

—La voy a necesitar... —Fue la respuesta preocupada de Lowell.

Marty iba a devolver ya los auriculares y el micrófono a Carmichael, con gesto sombrío, cuando el piloto alzó una mano, reteniéndole, y girando la cabeza hacia él.

—No corte la comunicación. Capto otra llamada para usted. Esta vez procede de los Estados Unidos, de Miami Beach.

—Les dije previamente que salía de Nassau en su avioneta —explicó Drury Carmichael—. Pero ¿qué querrán ahora de mí en Miami Beach?

—Parece que es muy urgente —explicó el piloto—. No pudieron comunicar antes a causa de la llamada de Nassau.

Marty dio su clave por radio. Le respondieron con la clave de John R. Stuart, inspector federal, División de Delitos Federales.

—Inspector, ¿es usted? —preguntó Marty, sorprendido—. ¿Alguna noticia nueva?

—Nueva y muy grave, Marty. Por eso te llamo con toda urgencia.

—¿Qué es, señor?

—Se refiere a esa chica a quien querías interrogar de nuevo, a Betsy Langdon, la artista del «Tropicana»...

—¿Qué hay con ella? ¿Se escabulló de sus manos, inspector?

—Por completo, Marty. No podrás ya interrogarla.

—Le dije que era importante que vigilaran su casa, su lugar de trabajo, que no la perdieran de vista un momento, hasta mi

llegada... —se quejó acremente Marty, desagradablemente sorprendido por el fallo federal.

—Lo hubiéramos hecho todo eso, Marty, de haber llegado a tiempo para ello. Lo peor es que era ya tarde cuando quisimos hacerlo.

—¿Qué quiere decir con eso, inspector? ¿Era tarde ya? ¿Es que ella había huido antes de tender el cerco en torno suyo?

—Peor que eso, Murphy. Es lo que estoy tratando de decirte desde un principio. ¿Es que aún no lo entiendes? Ella no escapó. Ella ha muerto. La asesinaron, Marty. Anoche mismo. Por eso ya nunca podrás interrogar a Betsy Langdon...

TERCERA PARTE

HOMICIDIO

I

SE mantuvo en pie, con las piernas abiertas, apoyándose en ellas como en dos sólidas columnas de firme equilibrio. Estudió la escena, con expresión preocupada, grave y tensa.

El mueble-bar aparecía volcado, rotas las copas, los vasos, agrietados los espejos y arrancados los cables y los mecanismos electrónicos del emisor-receptor de onda corta y pesquera que tenía oculto el mueble tras sus paneles de espejo.

Delante, sobre la alfombra, el cuerpo sin vida de Betsy Langdon. Semidesnudo, envuelto solamente a medias en una bata de seda roja, que se enroscaba a sus bellos muslos y a sus formas provocativas, que ya no eran sino las curvas de un cuerpo sin vida, sin atractivo físico alguno, convertida la carne en fría cera por el roce de la muerte.

Varios orificios de bala, todos ellos sobre los senos y estómago de la joven y llamativa «estrella» del «burlesque», habían vaciado de sangre su cuerpo, dejando manchas, regueros y salpicaduras en torno, en una escena macabra, trágica y violenta, como una situación de puro «grand-guignol».

La mueca frívola era ahora rictus terrible, angustiado. Los ojos vidriados miraban al techo, inmóviles y sin vida. Marty resopló, hundiendo las manos en sus bolsillos.

Se volvió. Un agente de Policía tiró nuevamente la sábana encima del cuerpo de la muchacha. Marty se encaró con la joven que sollozaba en la puerta, con el rostro oculto por sus manos crispadas.

Apoyó una mano Marty en su brazo, y lo oprimió con calor.

—Ya basta —pidió gravemente—. Contrólese, Arlene. Y perdone que la haya obligado a venir aquí, pero quería comprobar su

identificación. Yo la vi poco tiempo esa noche, con mucho maquillaje y poca luz... Usted estaba más habituada a verla.

—Sí, era ella —gimió Arlene Benson, la chica del mostrador del «Tropicana»—. Ése es su cadáver...

—Comprendo lo que siente. No es una experiencia agradable para nadie, lo sé muy bien. Pero estas cosas hay que aceptarlas como vienen, Arlene. Yo estoy habituado a ello, y aun así me impresionan...

Arlene separó sus manos del rostro. Los ojos, llorosos, se fijaron en Marty, con cierto aire de reproche.

—De modo que era eso. Es usted policía..., y no me lo dijo entonces.

—No venía al caso —sonrió Marty—. Ahora, ya lo sabe. Vamos, salgamos de aquí. Hablaremos mejor en cualquier otro sitio. Fuera de esta casa, por ejemplo. Creo que no hacemos nada en favor de esa pobre chica permaneciendo aquí, delante de su cadáver. Venga conmigo, Arlene.

Ella le siguió. Hubiera ido al fin del mundo con Marty, con tal de abandonar aquel sitio tan poco agradable para ella.

Pero no necesitaron ir tan lejos. Marty Murphy se detuvo justamente en el exterior del «*bungalow*» que ocupara en vida Betsy Langdon. Frente a ellos, el sol centelleaba sobre la arena de la playa y el azul intenso del mar, fondo de un paisaje de edificios modernos, palmeras y jardines a lo largo de toda la costa de Florida.

—Aquella noche que me vio en el «Tropicana», fui exclusivamente para hablar con esa chica e interrogarla sobre su amigo, Rex Winthrop. No iba en plan de conquistador, ni mucho menos. ¿Comprende ahora mi éxito con los martinis?

Ella sonrió enjugándose el llanto. Trató de serenarse, y habló, sincera:

—Yo me lo había explicado ya, aun sin saber que fuese federal... Usted vale lo suficiente como para que cualquier chica, igual o mejor que Betsy Langdon, ceda y tome un simple combinado en su compañía.

—Gracias. Es muy amable —se inclinó Marty, cortés—. Recuerdo que la invité también a usted, pero bromeaba entonces. Sé distinguir a unas chicas de otras. Betsy era de una clase muy especial, que no cuesta gran trabajo manejar. Y que tampoco

entusiasma a nadie.

—De todos modos, yo acepté su convite —sonrió ella, risueña—. Y sigo pensando igual.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —La tomó de un brazo y cruzaron una alameda, junto a la playa, para terminar en un bar restaurante de marquesinas de vidrio. Entraron allí, acomodándose frente a la playa. Marty pidió dos martinis al camarero. Luego, clavó su mirada en la muchacha. Habló, apacible—: Arlene, no he venido antes a verla porque estuve muy lejos de Miami Beach, en las Bahamas.

—¿Haciendo turismo?

—Todo lo contrario. Trabajando en un feo asunto. El mismo feo asunto que ha costado la vida a esa chica, a Betsy.

—Cielos... —Se estremeció Arlene—. No es envidiable su trabajo, Murphy.

—Le aseguro que no. Además de Betsy, hay otras víctimas. Un senador, un piloto de yates de millonarios...

—Es horrible. ¿Qué es lo que está ocurriendo, exactamente?

—No lo sé. Es lo que trato de averiguar, pero me temo que sin mucho éxito por el momento. Quizá usted pueda ayudarme ahora.

—¿Yo? —El asombro asomó a los ojos de ella—. No sé nada de nada...

—Arlene, esperaba que Betsy me fuese de gran ayuda, revelándome lo que sabe. Lo malo es que alguien lo pensó también. Alguien que ha empezado a hacer liquidación de compinches peligrosos, comenzando por James Edwards, el hombre que disparó su rifle contra el senador Lambert. Ahora le tocó el turno a Betsy, que sin duda sabía demasiado y podía ser muy débil si el F. B. I., se metía a fondo con ella. Muerta, no representaba ya peligro alguno para quien la asesinó u ordenó su asesinato.

—Pero... ¿por qué todo eso?

—No lo sé a ciencia cierta. Puede ser porque un hombre no quiere ser ajusticiado como culpable de un crimen político. O porque no desea ser acusado de traficante en mujeres blancas, con destino a garitos de Sur y Centroamérica.

—¿Trata de blancas? —Se estremeció Arlene.

—Exactamente. Hay muchos asuntos feos y oscuros en el enigma que trato de descifrar ahora. Arlene, usted conoció a Betsy, usted

trabaja en el mismo local que ella trabajaba, y usted tiene que haberla visto a ella en compañía de hombres diversos, ¿no es cierto?

—Desde luego. Especialmente, en compañía de Rex Winthrop...

—Lo sé. Era su amigo oficial. Pero ¿no tenía ella otros amigos asiduos, otros hombres que la acompañaran con frecuencia? Eso tuvo que advertirlo usted, Arlene.

—Betsy tenía mucho éxito en el local. Y fuera de él. Imagino que harían falta muchos dedos de la mano para contar los asiduos acompañantes que la escoltaban. Desde luego, Winthrop distaba mucho de ser su único amor...

—Entre esas personas, Arlene, voy a proporcionarle fotografías, para que usted trate de darme una explicación, para que usted, si ve entre ellas a alguien que le recuerde a un amigo en especial que viese frecuentemente junto a Betsy, me lo diga sin perder tiempo. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Si las fotografías son muy perfectas..., posiblemente sí —convino Arlene. Miró a su alrededor, preocupada—. ¿Eso... no será peligroso para mí...?

—No tiene que saberlo nadie. No hable de esto con persona alguna, no se fíe de nadie, excepto de mí. Yo le diré en todo momento lo que tiene que hacer, y si viese la posibilidad de algún riesgo, por leve que fuese, le pondría una vigilancia especial para que velara por su seguridad.

—Gracias, Murphy —sonrió ella, animosa—. Si puedo serle de alguna ayuda, me encantará hacerlo. Nunca tuve especial simpatía por Betsy Langdon, pero era una mujer, era un ser humano, y la han matado como a un perro rabioso. Eso merece castigo, Murphy.

—Claro que lo merece. Como la muerte de un buen hombre que quería limpiar de lacras nuestro país. Como cualquier violencia en cualquier lugar del mundo. Como llevarse a hermosas muchachas con destino a un final trágico y horrendo, en garitos de la más baja condición humana, en cualquier rincón ignorado del planeta.

—¿Todo eso puede ser obra de un solo hombre, de Rex Winthrop acaso?

—Es lo que parece. Pero existen elementos poco claros que me hacen dudar... De cualquier modo, no es la obra de un solo hombre, sino de un solo cerebro... y muchas manos a su servicio. Las manos

de los esbirros, de los asalariados, de los pistoleros a sueldo y de los cómplices fácilmente sobornables. Ése es el mal. Eso es lo que hay que combatir. Un «gang», una organización, un grupo de asesinos y de mercaderes. Winthrop, de ser responsable de todo ello, es tan sólo la materia gris, el jefe anónimo. Como traficante de mujeres, se llama «El Mercader», y nadie conoce su identidad real. Como asesino de Lambert, sólo se sabe que fue... «el hombre que pagó a James Edwards».

—Entiendo. Está moviéndose todavía en la sombra. ¿No es cierto, Marty?

—Y bien cierto —convino Murphy, malhumorado—. Moviéndome en unas tinieblas impenetrables, Arlene. Pero dispuesto a llegar a la luz, sea como sea.

—¿Y cuando llegue a esa luz..., qué encontrará en ella?

—A un asesino. Es suficiente para mí. Otro compañero mío se ocupa del asunto de las mujeres vendidas como esclavas.

—¿No dice que es la misma cuestión?

—Son dos facetas diferentes. No me ocupo de esa clase de delitos. Elmer Lowell, un camarada, lo hace ahora en Nassau. Parece que vuelve a confirmarse la sospecha sobre el yate de Winthrop, como portador de mujeres secuestradas. Pero sabemos esta vez que no pudo ser cierto. Y eso es lo que me hizo pensar que alguien esté jugando un doble juego en la oscuridad, haciendo aparecer como culpable de demasiadas cosas a Rex Winthrop.

—Muerta Betsy, ¿qué puede hacer ahora, aparte mostrarme a mí esas fotografías?

—No lo sé. Voy a ver ahora a mi colega, Frank Baxter. Ése sí pertenece a la División de Delitos Federales, y él podrá darme los indicios que preciso.

—Oí decir que nadie escuchó ruido de disparos anoche, en el «*bungalow*» de Betsy —habló Arlene, pensativa—. Lo comentaban los policías en la casa, cuando usted llegó. ¿Cómo pudo ocurrir eso?

—Silenciador. Un disparo suena como un taponazo sordo. Demasiado poco para que, en un «*bungalow*» aislado, produzca ruido y despierte la alarma de los vecinos. Hay ya muchos asesinatos con silenciador en este asunto. Evidentemente, todos los indicios señalan en una misma dirección: una pandilla de asesinos. Alguien emite las órdenes a distancia, y ellos las cumplen, sin que

su jefe tenga que intervenir. Eso sí coincide con Winthrop. Tenían en su yate un perfecto equipo-emisor-receptor, con el que Betsy se comunicó una vez.

—¿Está seguro de eso? —se asombró Arlene.

—Yo vigilé aquella noche, tras abandonar el «Tropicana», la salida de Betsy, en su descapotable amarillo, y la seguí hasta aquí. Mi coche va provisto de un detector especial de ondas de radio. Así capté la llamada y supe que ella tenía una estación. Ya ha visto lo que sus asesinos hicieron con ella: destruirla y romper sus indicadores, para que no localizase yo la longitud y frecuencia de onda en que se hallaba. Claro que es obvio eso, porque ya sé cuál es tal longitud y frecuencia, con relación al yate «Gaviota», con el que comunicaba ella.

—¿Personalmente con Winthrop?

—No sé. La voz suena desfigurada, como si su interlocutor tuviera miedo de ser sorprendido y alterase la voz... Pudo ser Winthrop. Desapareció en las proximidades de Nassau hace el tiempo suficiente para que, recogido por un helicóptero o una avioneta, hubiese vuelto a Miami y hubiera podido cometer personalmente el asesinato de Betsy...

—Es un asunto endiabladamente complicado...

—¿Si lo es? —Marty sacudió la cabeza, irritado—. Claro que lo es. A veces, yo mismo me siento desorientado, y entonces me pregunto si no estaré siguiendo una maldita pista equivocada, que me aleje cada vez más de la verdadera explicación del misterio... En fin, Arlene, de cualquier modo, debo seguir investigando en ese sentido, me guste o no. Ya le dije que he de ver a un compañero mío, el agente Baxter. Y averiguar lo que Lowell está haciendo entretanto en Nassau. La veré esta noche en el club, Arlene. Baxter y yo iremos allá, a hablar con usted. Es posible que para entonces haya conseguido unas buenas copias de fotografías de esas personas. Pero no hable de ello en el club. Yo tampoco lo haré. Y más tarde, en cualquier lugar discreto, podrá examinarlas a su gusto.

—Entendido. Hasta la noche entonces, Murphy.

—Hasta la noche. Y recuerde que cuando este asunto termine, me gustaría comer con usted en algún sitio atractivo de Miami Beach. Una cena con champaña y todo, pongamos por ejemplo.

—Yo no soy una Betsy Langdon, Marty.

—Ya lo sé. Por eso quisiera brindar con usted... con una copa de buen champaña.

—Yo brindaré encantada —sonrió Arlene por toda respuesta.

II

NO hay huellas ni indicios de ninguna clase, Marty —suspiró el inspector John R. Stuart, frotándose el mentón con gesto malhumorado—. La muerte de Betsy es un misterio más que añadir a los muchos que ya tenemos entre manos. Creí que tú traerías algo nuevo de Nassau.

—¿Nuevo? Más desorientación, si cabe —se irritó Marty Murphy, con disgusto—. ¿Qué hubo de nuevo en su visita a la viuda de Ronald Lambert, inspector?

—Nada especial, salvo aquella lista de los puntos donde el yate «Gaviota» se detuvo, justamente cuando hubo indicios de esclavitud femenina por parte de la organización de «El Mercader».

—Oh, sí, el material para Lowell... ¿Y para nosotros, inspector?

—Poca cosa, apenas nada. Lambert quería hundir a Winthrop, eso es obvio. Investigaba en torno a él, a los movimientos de su yate... Y pensaba, ciertamente, que era responsable de la trata de blancas. Eso sería un buen motivo para sentenciar a muerte al senador, ¿no?

—Evidentemente, sí. Pero ¿lo fue?

—No podría jurarlo, Marty. Trabajamos siempre sobre hipótesis, suposiciones... Donde surge una pista que parece factible, real..., llega la muerte y sella los labios para siempre. Es desesperante, créeme.

—Inspector, ¿no le dijo más la señora Lambert?

—No. Es una dama encantadora, muy bella y todavía de joven apariencia pese a sus canas. Estaba preocupada, además, por la muerte de una doncella suya de color, Hattie Miller, víctima de un accidente de automóvil el día del funeral del senador. Pensé que pudiera ser un atentado, quizá porque la muchacha supiera algo

sobre el fin de Lambert, pero investigamos eso, y parece que fue enteramente accidental.

—¿Eso habló el conductor del coche autor del atropello?

—No, el coche no lo hallamos. Era una furgoneta comercial, y nadie recordaba su matrícula, aunque sí el hecho de que pertenecía a una firma de modas o algo así. Hay tantas firmas de modas con furgonetas iguales, que sería labor imposible dar con la culpable.

—¿Por qué cree, entonces, que Hattie fue víctima de un accidente y no de un crimen?

—Bueno, investigamos su personalidad. Era una doncella vulgar, nada curiosa ni metida en los asuntos de sus señores. Hubiera sido ridículo Imaginarla en conocimiento de algo importante. Era una muchacha muy joven, alocada y de poca inteligencia. En suma, la persona menos adecuada para ser testigo de nada relacionado con las actividades políticas de su amo.

—Sí, entiendo. De todos modos, será mejor no olvidar ese hecho. Pudiera haber sabido algo casualmente. Algo que ni ella misma supiera el valor que poseía..., y otra persona pensó que era preferible eliminarla, para evitarse el riesgo de que ella hablase, revelando lo que sabía. Pudo ver merodear a alguien, en torno a la casa de los Lambert; en fin, cualquier cosa parecida.

—El F. B. I., no olvida ese detalle. Pero seguimos centrando toda la actividad en Winthrop, en Lambert como senador... Y ahora, naturalmente, en el cadáver de la pobre Betsy Langdon, la muchacha asesinada en su «*bungalow*».

—¿Y Baxter? Me gustaría hablar con él sobre lo que está sucediendo en Miami Beach...

—Lo siento. No está aquí ahora. Se fue a Daytona Beach, urgentemente, reclamado por un delito federal muy grave.

—¿Tan grave como para dejar las investigaciones del caso Lambert?

—Bueno, el mundo no se compone solamente de Rex Winthrop y de la muerte de Ronald Lambert, con ser muy lamentable esto último. A fin de cuentas, el propio Lambert luchó en vida con todas sus fuerzas para que crímenes como el ocurrido en Daytona Beach, no se cometieran jamás en nuestro suelo de América. Y, sin embargo..., siguen cometiéndose. Y así será durante tiempo y tiempo..., hasta que un día los derechos del hombre se respeten, por

encima de todas las cosas.

—No entiendo bien. ¿Qué ha ido a averiguar Baxter a Daytona Beach?

—Un homicidio. El más brutal, cobarde e injustificado de los homicidios de nuestro tiempo, Marty.

—¿Quiere decir...?

—Quiero decir un asesinato sin motivo. Salvaje, violento, feroz, despiadado. La intolerancia, el odio, el racismo ruin... Todo eso llevó al homicidio a tres seres.

—¿Tres?

—Exactamente tres. Tres encapuchados nefastos, con el rostro cubierto, tres seres anónimos que huyeron tras su felonía sin calificativo, dejando el cuerpo sin vida de un pobre muchacho de color, de un negro joven que no se había metido con nadie, que nada hizo a nadie... pero que tenía la piel oscura. Ese joven fue ahorcado, linchado vilmente en pleno campo por tres encapuchados que dejaron una cruz de fuego allí donde ajusticiaron al infortunado muchacho.

—¿Ku-Klux-Klan?

—Eso es, Marty. Ku-Klux-Klan. Una de nuestras peores lacras. Responsables de otro asesinato. Otro mártir negro, derramando sangre inocente en el suelo de su propia tierra...

—Entiendo —suspiró Marty, sombrío—. Entiendo que Baxter haya ido allá tan urgentemente. Y deseo que llegue a averiguar algo, lo antes posible... Lo deseo de todo corazón. Ya nos arreglaremos nosotros para resolver los problemas en Mia-mi Beach, inspector.

—Sí, Marty. Nosotros nos arreglaremos entretanto...

Frank Baxter contempló los objetos dispersos sobre la mesa. Se tocó la mejilla, pensativo, sombrío, hosco el gesto. Fuera, en la costa dorada de Daytona Beach, al norte de la península de Florida y cara al mismo Atlántico que Miami, a la misma luz tropical, caliente y deslumbradora, todo parecía radiante y optimista. Baxter sabía que, en el fondo, no era así, ni mucho menos.

El sol puede resplandecer en las alturas, y el mundo puede ser realmente hermoso en toda su grandiosidad natural, sin que todas esas bellezas, esa luz y ese maravilloso hálito de vida lleguen al ser humano y a su mente oscurecida por sentimientos tortuosos.

Sólo así era posible que la oscuridad del crimen sin motivos, del sacrificio bestial y cobarde, tuviera lugar en un país supe civilizado como el suyo, en una tierra donde el progreso iba siempre adelante y donde los hombres pugnaban por ser mejores en todos los terrenos, morales y materiales. Para que luego, súbitamente, ocurriesen cosas así, restallidos atroces de violencia y de odio, brotes de intolerancia ciega, de la que eran víctimas los pobres hombres de color, desheredados de la fortuna y del afecto fraterno de los demás seres humanos de otro color.

—Pobre muchacho... —susurró entre dientes el federal Frank Baxter, encajando las mandíbulas, en un gesto soberbio, violento y duro—. Pobre ser sin fortuna, sacrificado como si fuese una bestia, o un ave alcanzada por un cazador...

Miró aquellos objetos con ternura. Nunca había visto a Walt Robinson. Nunca le había conocido, pero no era el primero que veía en ese estado. Su cuerpo reposaba más allá, en una fría y aséptica caja frigorífica del Depósito de Cadáveres de Daytona Beach. Había sido joven, musculoso, fuerte y moreno. Pelo rizado, rostro ancho y bondadoso, mirada grande e ingenua, que parecía mirar muy lejos y que, posiblemente, solamente en ésa lejanía hallara consuelo para muchas cosas injustas de su proximidad humana y vital.

No hacía falta ver a un hombre, conocerlo, haberlo tratado, para sentirse profundamente estremecido por el dolor humano, natural, directísimo, de la desgracia ajena, del sufrimiento del prójimo, sea cual sea la pigmentación de su piel, que eso poco importa y nada significa.

Walt Robinson estaba allí, en el cajón frigorífico número 623, rotulado como una mercancía, con una etiqueta colgando de sus dedos del pie, rígidos y fríos. Y allí, en la mesa del lugar, sus cosas, recuperadas por un policía que, rutinariamente, las había depositado en una bolsa de plástico, numerada con las cifras y el nombre del cadáver del cajón 623...

Unas llaves, un billetero con cincuenta dólares en billetes de cinco, diez, veinte y solamente cinco billetes de dos, moneda suelta en escasa cantidad, un billete de ferrocarril, un bolígrafo de propaganda, un documento a nombre de Walt Robinson, un paquete de cigarrillos, arrugado, y una carterita de fósforos con el nombre de un local de música de «jazz»...

Solamente eso. Eso, y la fotografía, rugosa también, de una chica de su misma raza, de piel color bronce, de labios carnosos, pelo crespo y ojos grandes y dulces. Una chica cualquiera, en cualquier parte...

Alzó lentamente sus ojos el agente federal Frank Baxter. Contempló, muy frío, al funcionario de Policía, erguido ante él.

—De modo que así ocurrieron las cosas —citó lentamente—. Alguien en este lugar dirige una célula local del Ku-Klux-Klan, ¿no es cierto, sargento Wilburn?

Orrie Wilburn, sargento de la Policía local de Daytona Beach, parecía particularmente nervioso. Estaba pálido, pestañeaba con frecuencia, y sus ojos revelaban una cierta expresión de inquietud.

—Bueno, eso parece, sí... —convino como a disgusto.

—¿Qué parece? Hay miembros del Ku-Klux-Klan. Legalmente, un hombre llamado Steve Nelson, es su «Gran Dragón» en Daytona.

—Steve Nelson es un ciudadano respetable —avisó el sargento Wilburn, preocupado—. Un hombre de buena posición económica, negocios, una familia...

—Oh, sí. Muchos jefes del «K-K-K» son igualmente respetables en apariencia, asisten a los oficios religiosos los domingos y dan una limosna para los pobres, en el centro de caridad más próximo. Pero luego encienden cruces de fuego, asustan a los negros medrosos, violan a las muchachas de color o asesinan a los jóvenes negros rebeldes contra ese estado de cosas, ¿no es cierto, sargento?

—Creo... creo que exagera las cosas —replicó Wilburn, altivo—. Siempre las exageran los agentes del F. B. I. Ustedes vienen del Norte. No entienden nuestros problemas.

—Sargento, usted es un representante de la Ley y ostenta un cargo. Usted vive en el Sur, y yo también. Yo estoy obligado a creer en una igualdad de derechos cívicos y humanos, porque así lo dicen nuestras leyes y porque así lo dicta mi conciencia de hombre civilizado, al margen del color de mi piel. Usted, que debería sustentar los mismos principios que yo..., dice que vengo del Norte y no entiendo. Sargento Wilburn, vengo de Miami, vivo hace años en Florida, y pienso; igual que si viviera en Oregón, en Montana o en Tennessee. Los hombres son iguales en todas partes.

—No trate de razonar en ese sentido con la gente de Daytona Beach —recomendó el sargento—. Me temo que no le entenderían

demasiado bien...

—No me importa la gente de Daytona Beach. Ni usted, sargento. Esto es un linchamiento. Un homicidio, el más vergonzoso y repugnante que jamás vi. El Ku-Klux-Klan existe en Daytona. Ese «Dragón», Steve Nelson, va a ser citado a juicio. E igualmente el primer racista de este lugar, Ricky Larsen, tan nórdico de nombre como el otro, y tan racista como cualquier sureño, pese a su ascendencia sueca. Creo que en nuestro país, muchos del Sur y muchos del Norte tienen parecidos prejuicios y les conducen al crimen abominable.

—Estoy seguro de que el «K-K-K» obra dentro de la legalidad. Puede convocar asambleas y defender sus principios ideológicos, pero no lincharía a nadie, ni siquiera a un negro, señor —negó vivamente el sargento Orrie Wilburn—. Eso no es posible, créame. Conozco a mis vecinos, a mis conciudadanos y...

Rápido, enérgico, contundente, Frank Baxter se encaró a él, rotundo:

—Diga más bien que conoce a sus compañeros de ideología y grupo, sargento Wilburn. ¿No es cierto que usted... también pertenece al Ku-Klux-Klan local?

Y la mirada dura, ominosa, amenazadora del agente federal Baxter, se fijaba, acusadora, sobre el rostro, repentinamente pálido y demudado, del sargento Orne Wilburn, de la Policía local de Daytona Beach.

—Le aseguro que no hice nada a ese muchacho negro. Nadie hizo nada a Walt Robinson.

—¿Espera que le crea, Nelson? Usted, además de un conocido comerciante de esta localidad, es el «Gran Dragón» del Ku-Klux-Klan.

—Bien, ¿y qué? Nuestra secta está dentro de la legalidad...

—Siempre y cuando respeten los derechos civiles de los demás —avisó Frank Baxter.

—Es lo que hacemos. No hemos dañado a negro alguno. No somos un grupo activo en Daytona Beach.

—Pero Walt Robinson está muerto. Asesinado. Linchado, con una cruz de fuego.

—Alguien lo hizo por nosotros —afirmó, exasperado, el enjuto, pálido, rubio y asustado Steve Nelson—. Alguna vez amedrentamos

a chicos y chicas de color, pero eso fue todo. No llevamos la violencia hasta extremos así.

—Explíqueme entonces lo que le pasó al muchacho.

—Tuvo que ser alguien más, otra persona ajena a nosotros... —masculló Nelson—. ¡No lo hicimos, federal, palabra!

—Si lo hicieron, tampoco lo confesarían. Nelson, hubo testigos. Dos automovilistas vieron encapuchados con las iniciales «K-K-K» en torno al cadáver del ahorcado, bailoteando a la luz de la cruz de fuego...

—Mintieron, se equivocaron... o vieron a otros. Después de todo, ¿qué demuestra una caperuza, si se ha bajado sobre el rostro? ¿Qué una túnica con las letras «K-K-K»? La Ley nos exige a nosotros ir descubierto el rostro en nuestras reuniones. Y acatamos esa Ley. No nos atreveríamos a bajar la capucha sobre la cara.

—Pero ¿se atreverían a matar a un negro? —acusó fríamente Baxter.

—¡Infiernos, detesto a los negros, como buen sudista y miembro del Ku-Klux-Klan, federal! —aulló el interrogado—. Pero de eso a haberlo hecho, media un abismo. No me atrevería a matar. No llego tan lejos. Los aborrezco y combato a los de otra raza, pero sin matar. No soy un asesino. Tengo mis ideas y las expongo. No oculto mis antipatías, pero niego rotundamente tener espíritu de asesino.

—¿Y sus esbirros? Sé que Ricky Larsen es un racista local, de origen nórdico, como usted. E incluso el propio sargento Wilburn, de la Policía de Daytona, pertenece al Ku-Klux-Klan. Los tres pudieron ser los ejecutores de...

—Escuche, federal —gimió Nelson, lívido—. No hemos matado nunca a nadie. Hay mucha población negra en Daytona. Pregunte a todos, a ambos sexos, a toda condición social. Nos tienen miedo, pero eso es todo. No hay antecedentes de linchamientos, y llevo diez años como «Gran Dragón» de Daytona Beach. Pregunte, pregunte... Si no matamos nunca a nadie, si ni siquiera herimos seriamente o azotamos a negros nativos de este lugar, ¿por qué habríamos de hacerlo esta vez con un negro forastero?

—¿Forastero? —Baxter enarcó las cejas, mirando al comerciante con gesto cauteloso—. ¿Por qué dice eso, Nelson?

—Porque es cierto. Ese tal Walt Robinson no llevaría más de cuatro o cinco días en esta localidad. Buscaba trabajo, y parecía un

poco amedrentado. Vino del sur de Florida.

—¿El Sur?

—Sí. De Miami o por ahí... ¿Es que usted ni lo sabía?

—No —aseguró Frank Baxter rotundamente—. No lo sabía, Nelson. Y me alegra saberlo gracias a usted... Es posible que eso sea lo más acertado que expuso, en defensa de su local agrupación de ridículos encapuchados racistas...

Y dio media vuelta, abandonando el establecimiento con un portazo, que hizo campanillear rabiosamente la puerta vidriera del local propiedad de Steve Nelson, en el centro comercial de Daytona Beach.

III

NUEVAMENTE, Frank Baxter contempló los objetos propiedad de Walt Robinson.

Uno a uno, los pasó ante sus ojos, pensativos y graves. Los billetes nada decían. Eran igual a cualesquiera otros. El bolígrafo, tampoco. Correspondía a una marca nacional de bebidas refrescantes. Los cigarrillos eran igualmente normales. La carterita de fósforos, sin embargo, fue examinada con mayor atención por el joven federal. Minuciosamente, estudió aquella pieza. El local de «jazz» se llamaba «Louisiana», y estaba situado en Biscayne Bay.

Eso sí que significaba algo. Dejó la carterita de fósforos. Tomó el billete de ferrocarril. Extendido para el recorrido Miami-Daytona Beach... Y en Miami estaba Biscayne Bay.

—Miami... —murmuró—. ¿Por qué precisamente de Miami también?

Se inclinó hacia el teléfono. Marcó un número y pidió larga distancia a la operadora. Luego, esperó. Concedida la línea, marcó el número.

—¿Oficina Federal de Miami? —preguntó vivamente—. Aquí Frank Baxter, desde Daytona Beach. Quiero datos completos sobre un joven de color llamado Walt Robinson. Sí, creo que vecino de Miami o de Miami Beach, en efecto...

Proporcionó unos datos más y colgó. En breve tiempo, tendría los datos. El documento de identificación a nombre de Walt Robinson, extendido en Jacksonville, capital de Florida tiempo atrás, nada explicaba por sí solo ni figuraba la actual posible dirección de Walt Robinson.

Una dirección que podía ser en Miami. Además, Frank Baxter tenía el extraño presentimiento de que había algo más que un

linchamiento del Ku-Klux-Klan en aquel asunto. Nelson le había parecido un racista de medio pelo, incapaz de llevar la violencia a extremos feroces, a no ser que estuviese drogado o cosa así.

Y aquel crimen había sido feroz. O habían pretendido aparentar que lo fuese, para señalar claramente la intolerancia como motivo primordial del mismo...

Pero... ¿era realmente la intolerancia, el racismo y todo eso, lo que provocó la muerte a Walt Robinson? Y si fue así, ¿qué hacía el joven negro en Daytona Beach?

¿Por qué atacar a un forastero de color, cuando había tantos naturales de la región en iguales condiciones?

Frank, mientras esperaba respuesta de Miami, se dedicó a recorrer los barrios negros de la ciudad.

En diversos puntos, obtuvo datos sobre Steve Nelson, Ricky Larsen y el sargento Orne Wilburn.

Ninguno de ellos era particularmente estimado por la población de color de Daytona Beach, pero lo cierto es que tampoco les creían capaces de linchar a nadie. A veces habían asustado a jóvenes negros de ambos sexos, hasta el punto de atarles a un árbol y llevar a cabo sus prácticas de fanatismo delante de ellos, aterrándolos de forma extraordinaria. Pero luego, invariablemente, los soltaban, persiguiéndolos con risotadas brutales, disfrutando con su terror y sin causarles más daño físico.

Era una vileza abusar así de la inferioridad y el miedo de una raza frente a ellos, pero no llegaba a constituir un delito sangriento, como en el caso actual. Obviamente, el pánico de los negros locales ahora, era muy superior al sentido hasta entonces.

Frank Baxter les calmó con unas apacibles y sorprendentes palabras:

—No se asusten demasiado, amigos. Creo que esta vez no fueron los encapuchados los culpables.

—Pero si mucha gente los vio...

—Cierto. Lo que vieron, sin embargo, fue a un grupo de encapuchados. Sólo eso... Lo demás, ya no está tan claro, aunque espero que pronto lo esté para nosotros.

Baxter no se equivocó. La llamada de Miami fue justamente a las cinco horas de haber informado y solicitado los datos pertinentes.

—Walt Robinson residía habitualmente en Miami —le

informaron—. Tiene aquí su domicilio, su trabajo y su vida. Recientemente ha desaparecido sin dejar rastro. Dicen sus compañeros de la Factoría Bradway, de embotellamiento de licores, que últimamente parecía muy asustado por algo, y su rendimiento en el trabajo era inferior. De repente, dejó de acudir a la tarea. Tampoco le vieron en su casa. Tenía veintisiete años, y parece ser que iba a casarse este año. Pero su prometida murió, y eso parece haberle afectado mucho. Ya no era el mismo desde que su joven novia falleció en un accidente...

—¿Accidente? ¿Qué accidente? —interrogó con viveza al encargado federal de archivos e identificación.

—La atropelló un automóvil cuando volvía de los funerales del senador Lambert... Ella trabajaba de doncella para los Lambert. Su nombre era Hattie Miller...

—¿Estás segura, Arlene?

—Completamente. Ese hombre visitaba con frecuencia el «Tropicana». Y siempre le vi en compañía de Betsy. Incluso salieron juntos diversas veces... Siempre, naturalmente, que no venía Rex Winthrop.

—Entiendo. —Marty Murphy agitó, pensativo, la fotografía del hombre identificado—. Es curioso... Nunca se me hubiera ocurrido que precisamente éste... tuviera nada que ver con Betsy Langdon.

—Pues así era. ¿Quién es él, Marty?

—Adam Forbes, secretario personal de Rex Winthrop —informó secamente Murphy, contemplando la fotografía—. Parece que ya no hará falta que veas más. Reconociste al hombre...

—¿Y las demás fotografías, de quiénes son? —se interesó, curiosa, Arlene, tomando el resto de fotos de manos de Marty.

—Oh, ya no valen la pena: Edwards, la señora Winthrop, el propio Rex... —Las pasó rápidamente, con aire distraído. Tenía arrugado el ceño, pensando sin duda en la sorpresa que le había supuesto saber a Adam Forbes mezclado con Betsy, a espaldas de su jefe—. No necesitas reconocer a nadie más ahí. Si hubo un culpable que no fuese Rex, tuvo que ser Forbes, conspirando contra su amo y aprovechándose de sus recursos... Claro que no esperaba eso, pero...

—Aguarda, Marty. Ahí tienes algo... Alguien que también conozco. Estuvo una vez. Una sola vez en el club.

—¿Quién? —se sorprendió Murphy.

—Ese hombre —señaló una fotografía tomada en la cubierta del «Gaviota». Aparecía en ella Rex Winthrop, su esposa y otra persona. Arlene señalaba a esta última—. Por cierto, vino acompañado de Adam Forbes, y los tres se fueron a un reservado con Betsy Cuando salían era ya madrugada y cerrábamos el local. Yo salí tras de ellos, y les vi caminar hacia los embarcaderos. Mientras esperaba un taxi para volver a casa, les vi subir a un precioso yate a los tres. Ya amanecía para entonces...

—Un precioso yate, ¿eh? Y los tres... —Ahora sí que la información espontánea de Arlene Benson había sido como un mazazo para Murphy—. El «Gaviota»...

—No, no era el «Gaviota» —señaló el yate que se veía en la fotografía—. Era una embarcación bastante mayor, un yate de lujo... Espera, creo recordar su nombre... Era feo, no me gustaba ese nombre... Sí, ya recuerdo. «Caimán». Se llamaba «Caimán». Tenía el nombre en el casco, y el dibujo de un caimán debajo. El dibujo me hizo recordar...

—«Caimán»... —Perplejo, excitado, Marty contempló a Arlene—. Cielos, si fuese cierto lo que sospecho, lo que acabas de insinuar tú..., resultaría fantástico, increíble... El yate «Caimán»... Espera. No hables de esto a nadie, Arlene, por Dios...

Se incorporó de la mesita discreta del local donde se hallaban ahora. Había recogido a Arlene en el club, para llevarla allí, a un lugar donde él iba frecuentemente, y donde no era fácil que fuesen vistos. Además, ya había procurado, antes de llegar allí, desorientar a cualquier posible perseguidor. Todo por Arlene. Había que evitarle riesgos inútiles en todo caso.

Entró en la cabina telefónica inmediata al mostrador del local. Marcó el número de la Oficina Federal, y pidió por el inspector John R. Stuart.

—Soy Marty, inspector —habló con excitación—. Necesito urgentemente un dato. El nombre del propietario de un yate de lujo llamado «Caimán». Y los datos sobre este yate y sus posibles salidas y viajes últimos... Todo lo posible, inspector.

—Bien, en seguida estará eso. ¿Ocurre algo, Marty?

—Puede que sí. Ocurre algo, y puede ocurrir mucho más en las próximas horas, si algo increíble se confirma.

—Marty, ha llegado un telegrama de Daytona Beach. Baxter regresa. Ya acabó su tarea allí, en el linchamiento de un joven negro llamado Walt Robinson.

—Bien, eso no me preocupa ya. Lo que interesa es este asunto, inspector, y...

—Espera, Marty, no te precipites. Baxter descubrió que el negro asesinado... iba a casarse con Hattie Miller, la negra doncella de los Lambert. Huyó de aquí sin motivo, y estaba asustado. Baxter no cree que el Ku-Klux-Klan local de Daytona sea culpable...

—¡Cielos! —boqueó Marty Murphy, perplejo—. Inspector, envíeme a Frank en cuanto llegue. Y no olvide esos datos del yate «Caimán». Es posible que, sin darnos apenas cuenta, estemos llegando a la recta final todos nosotros a la vez. ¿Sabe algo de Elmer Lowell, desde Nassau?

—No, nada.

—Que investigue allí. Envíele un mensaje urgente por radio. Que averigüe cuanto sea posible sobre el yate «Caimán» en Nassau. Las autoridades inglesas de las Bahamas deben tener datos concretos, si, como sospecho, ese yate tocó recientemente sus puertos. Es muy importante, créame.

—Bien, avisaré a Lowell. Pero, Marty, sinceramente, ¿no crees que estás aventurando la fantástica posibilidad de que todos estos casos dispersos sean uno solo?

—Exactamente, inspector —suspiró Murphy—. Si ese yate «Caimán» estuvo en Nassau recientemente, si tiene matrícula y propietario como imagino, y si Walt Robinson sabía algo por lo que tenía que morir, habremos llegado justamente a esa conclusión: los tres casos, los tres asuntos que investigamos Lowell, Baxter y yo... son uno solo. Todo empieza y termina con la muerte del senador Ronald Lambert.

CUARTA PARTE

UNO Y TRES

I

COLEEN Lambert, la viuda del senador, se hizo a un lado, serenamente.

—¿Marty Murphy, del F. B. I.? Sí, puede pasar... Por aquí, por favor...

Le condujo hasta un gabinete, donde ambos se acomodaron frente a un hogar confortable. Ella continuaba vistiendo de oscuro, en tonos grises. Su faz era pálida, hermosa y serena, bajo los cabellos plateados. Ambos se miraron en silencio. Un silencio difícil, evidentemente, como en toda clase de entrevistas de ese tipo.

Un silencio que fue Marty Murphy el primero en romper, con tono respetuoso y firme:

—Señora Lambert, créame que lamento hurgar en heridas recientes y profundas, pero a veces es inevitable, porqué forma parte de nuestro trabajo, y hemos de cumplirlo, por ingrato que resulte.

—Le comprendo muy bien, señor Murphy —sonrió ella dulcemente—. No tiene que excusarse. Adelante, por favor, aunque no resulte grato para mí.

—Señora Lambert, anteriormente fue mi jefe, el inspector Stuart, quien la visitó. Esta vez, he preferido hacerlo yo porque, virtualmente, he sido quien ha llevado el peso de la investigación, por una serie de circunstancias. Dos compañeros míos, Lowell y Baxter, también llegaron lejos en sus averiguaciones, uno en Daytona Beach y el otro en Nassau —observó la perplejidad de ella, el nerviosismo de sus pálidas manos y delicadas. Continuó, con igual entonación—: Ellos llegaron a sus propias conclusiones, y yo a las mías. Por fortuna, todas fueron coincidentes. Ahora, señora, ya podemos decir que el punto básico de todo este asunto fue... la

muerte de su esposo.

—Lo imaginaba —suspiró ella, inclinando la canosa cabeza—. Ronald... Era él quien tenía que morir, ¿no es cierto? Y todo porque combatía la injusticia en todas sus formas...

—Exacto, señora. Su marido combatía muchas cosas. La corrupción, entre ellas. Por eso nunca fue rico. Vivieron ustedes dignamente, pero sin fortuna. Hubiera podido amasarla fácilmente, pero traicionando sus convicciones. Fue siempre fiel a sí mismo, y por eso no le pudo ofrecer un gran capital a su viuda.

—No importa eso ahora, señor Murphy. Era él quien contaba, no el dinero.

—Sí, él contaba mucho... Tanto, que fue muerto para que no descubriese a los enemigos de nuestra sociedad, a los que se lucran con el delito más bajo del mundo: el comercio de mujeres blancas, arrancadas por la fuerza y conducidas a cualquier infierno ignorado del mundo. Ese delito había dado una fortuna inmensa a un hombre, y ese hombre defendía su vida y su dinero con uñas y dientes. Lambert iba a desenmascarar públicamente al canalla, al cerebro del negocio de esclavitud femenina, conocido por «El Mercader». Y lo evitaron, a base de un criminal a sueldo llamado James Edwards, que asesinó a su esposo con facilidad, huyendo luego al yate «Gaviota», donde contaba con un cómplice leal y astuto.

—¿Rex Winthrop, el millonario?

—No, señora Lambert —negó sorprendentemente Marty—. Ahora, Rex Winthrop reposa bajo el mar, en las Bahamas. Asesinado, como tantos otros.

—Dios mío, no es posible. Ronald creía que era él quien...

—No, señora Lambert. Su esposo no creía que fuese Winthrop el culpable. Sencillamente, había hecho el cálculo de las rutas del «Gaviota» porque otro vate realizaba iguales singladuras, con breves fechas de diferencia, y con bastante secreto. Alguien, a bordo del «Gaviota», informaba secretamente a esa otra persona, y las evidencias, implacablemente, se iban acumulando sobre Winthrop, que, además, era un enemigo personal de Lambert. Eso, el día que fueran mal dadas, ayudaría a hundir a Winthrop y a alejar sospechas de otro culpable. La muerte de Lambert era, pues, oportuna. Aparte deshacerse de un hombre peligroso, creaban el

pretexto para que, siguiendo el rastro a James Edwards —rastro que siempre procuraron dejar claro, como torpemente hecho, para que siguiéramos la pista del «Gaviota», con toda intención—, nosotros cayéramos sobre Winthrop inexcusablemente. Así sucedió, señora. Edwards fue silenciado en el momento oportuno, se hizo desaparecer a Winthrop en el mar, y eso dio apariencias de fuga desesperada del millonario delincuente. Todo bien medido y perfectamente llevado a la práctica.

—Pero... ¿por quién?

—Adam Forbes, secretario de Winthrop.

—Un simple secretario...

—Señora, ese simple secretario era el traidor del drama. A escondidas de Winthrop, laboraba para disponer todo el juego contra su amo actual. A ninguno se nos ocurrió pensar en el hecho curioso de que, tanto Edward como Forbes, habían estado antes al servicio de otra persona que no era Winthrop. ¿No habrían sido puestos, pues, al servicio de Winthrop, para ir enredando la telaraña en torno a éste?

—Parece una teoría muy complicada ésa...

—Aún se complica más, señora Lambert, con dos muertes inesperadas: Hattie Miller y Walt Robinson.

—Hattie... ¿Mi doncella? —Abrió mucho los ojos la viuda.

—Exacto. No hubo tal accidente de coche, como Robinson, su novio, no fue muerto por el Ku-Klux-Klan en Daytona.

—No comprendo... ¿Quién pudo hacerlo entonces? ¿Y por qué?

—Señora Lambert, usted no parece nada sorprendida de la muerte de Robinson en Daytona. ¿Cómo supo que él había muerto allí?

—Oh, eso... —Se mordió el labio inferior, sorprendida—. Bueno, debí oírlo en la radio o lo leí en alguna parte, es seguro. Hattie tuvo un novio de igual apellido...

—Era el mismo hombre, señora. Pero la radio, la televisión y la prensa no ha publicado aún nada en Miami, y, sin embargo, la noticia llegó ya, aunque el F. B. I., la ha bloqueado, evitando su inserción. De modo, señora Lambert, que le repito: ¿cómo supo usted que Walt Robinson había sido muerto en Daytona por el Ku-Klux-Klan?

—Oh, no sé, no me ponga nerviosa... —se quejó ella, llevándose

los dedos a las sienes, con cierta irritación—. Señor Murphy, he hablado hoy con unos amigos en Daytona Beach. Es posible que ellos mencionaran algo. ¿Cómo quiere que recuerde algo tan insignificante para mí, en el trance actual por el que estoy pasando?

—Señora Lambert, usted no llamó a nadie a Daytona en todo el día de hoy o de ayer, ni usted fue llamada desde allí. Hemos registrado todas las conferencias a larga distancia hechas desde esta casa, antes de venir yo a verla a usted.

—Pero... pero ¿qué significa esto, Murphy? —se exaltó ella, malhumorada, contemplándole con ojos centelleantes—. ¿Es que va a acosarme como si en vez de una víctima fuese una persona culpable de algo? ¿Es que pretende torturarme con su inquisitorial interrogatorio?

—Señora Lambert, sólo pretendo decirle algo: usted demostró saber perfectamente que Walt Robinson había muerto en Daytona, y eso solamente lo sabemos nosotros, lo saben en Daytona, y nadie en Miami conoce la noticia, salvo... sus asesinos.

—Murphy, no puedo entenderle —le contempló ahora, aturdida—. ¿Qué trata de dar a entender con todo esto?

—Señora, Hattie Miller, como doncella suya, era bastante torpe y de cortos alcances. Por tanto, huelga suponer que conociese algo de tipo político o un detalle importante sobre la muerte de su esposo, que pudiera dar luz a la Policía. Por ello suponíamos todos que murió en un accidente. Pero ocurre que ella no murió así, sino asesinada. ¿Por qué? Evidentemente porque, pese a su torpeza, algo sabía. ¿Sobre el senador?

—Es ridículo. Hattie apenas tenía trato con Ronald, ni entraba en su despacho para nada. Yo misma limpiaba las cosas de mi marido, no ella.

—Perfecto. Usted misma me da la razón. No hubo posibilidad de que conociera cosa alguna sobre Lambert. Por tanto, ¿qué era lo que sabía? Indudablemente..., algo sobre usted, señora.

—¡Murphy! —Se incorporó ella violentamente, alteradísima—. Le ordeno que salga inmediatamente de esta habitación y de esta casa. Creo que empieza a ser ofensivo...

—Claro que debo serlo, señora. Al fin lo entiende. Hattie sabía algo sobre usted. Algo grave, que la preocupaba. Lo comentó con su novio Walt Robinson en alguna ocasión, pero Walt nada dijo. Usted

se dio cuenta de lo que ocurría con Hattie. Y Hattie murió muy oportunamente.

—Murphy, es intolerable todo esto. Voy a avisar a la Policía, a sus superiores, y...

—Puede hacerlo —sonrió apaciblemente Marty Murphy—. No me he atrevido aún a contarles a ellos nada de cuánto digo. Temo que no me creyeran, si no ofrezco pruebas. De momento, soy el único en saber lo que le estoy exponiendo. Ni siquiera mis compañeros saben nada ni lo sospechan. Pero cuando salga de aquí, señora, será precisamente para eso: para informar oficialmente al F. B. I., y actuar en consecuencia.

—Pero... ¿qué es lo que sabe usted? —Se apaciguó repentinamente ella, entornando sus ojos maliciosamente, fijos en él.

—Señora Lambert, a veces un gran hombre puede hacer parecer grande y hermoso cuánto tiene a su alrededor. Es falso. Es un espejismo. Muchas damas, esposas de senadores, son grandes mujeres y personas amantes y abnegadas. Usted, no.

—¡Murphy!

—Usted, señora Lambert, nunca fue tal cosa. Ha fingido siempre ser mayor, mucho mayor de lo que realmente es. Esas canas son falsas, ese maquillaje pálido la envejece intencionadamente. Su marido era mucho mayor que usted, ¿no es cierto?

—Mucho... —afirmó ella, apretando los labios—. Casi veinte años...

—Veinte años... Nunca imaginé que fuese tanto. Lambert se mostraba muy joven... Usted, señora, no era partidaria de tal diferencia de edad. Se casó con él por ambición, esperando que su carrera política trajera consigo la fortuna. Sólo demasiado tarde se dio cuenta de que él era un idealista y no querría enriquecerse como otros. Luchó contra todo eso, pero nada pudo hacer. Lambert era hombre de ideas firmes en ese sentido y en todos. Fracasada su ambición, quiso romper su nudo con un hombre mayor e idealista, pero él no aceptaría jamás el divorcio. Usted, entonces, señora Lambert, fijó sus ojos en otra persona. Más joven, más atractiva... e infinitamente más rica que Lambert. Esa persona se sintió muy atraída por sus encantos, su belleza, su ambición desmedida... y su rencor hacia Lambert. Era la mujer que necesitaba, la cómplice

ideal, la amante perfecta. Le ayudaría en todo. Seguiría siendo «El Mercader». Y seguiría enriqueciéndose. Además, llegado el momento, tendría la mejor ayuda para terminar con el enemigo peligroso que era el senador.

—Todo eso no es sino una historia vil y calumniosa —cortó ella fríamente.

—Usted sabe que no, señora. Eso es lo que descubrió Hattie. Aunque bien ocultas, sus relaciones con ese hombre saltaron a la vista de ella. Podía ser torpe, pero era mujer y no era atrasada mental. Descubrió algo, captó algo. Se asustó. Eso no encajaba en la imagen que la gente tenía de la familia Lambert. Usted se dio cuenta, la vigiló, y supo lo que sucedía. Muerto Ronald, ella debía morir, o un día hablaría demasiado... Y murió. Pero ya había hablado de más. Walt Robinson, su novio, también sabía... Le hicieron vigilar, y «El Mercader», personalmente, debió descubrir el temor que su presencia le producía. Era suficiente. Lograron amedrentarle para que huyese, le siguieron, y fingiendo un ataque del Ku-Klux-Klan, le asesinaron. Como antes habían asesinado a Betsy para que no revelara que Forbes era un traidor y que ella tenía amores con Forbes, y entre ambos traicionaban a Winthrop y ayudaban al auténtico «Mercader», acumulando evidencias sobre Winthrop. Forbes recibía a bordo los mensajes de Betsy, no Winthrop. Llegado el momento, Edwards, pistolero contratado por Forbes, a cuenta de «El Mercader», fue igualmente asesinado, y también Rex Winthrop, para dar visos de verismo al caso.

—¿Qué más, Murphy? Su fantasía no tiene límites, a lo que veo.

—No es fantasía, sino realidad. Tres casos en uno: un senador asesinado, un mercado de bellas muchachas, un negro linchado por el «K-K-K»... Todo un solo misterio: el fin de Ronald Lambert, asesinado para acabar con un enemigo de «El Mercader»... y con su marido molesto y nada práctico, señora Lambert.

—¿Qué espera que haga ahora? ¿Aplaudir su relato?

—No, no espero nada. Sólo informar al F. B. I. y arrestarla a usted. También a él.

—Él... ¿Quién, Murphy?

—Vamos, vamos. Sé todo ya. El yate «Caimán»... Él dijo que nunca lo utilizaba, que se caía de viejo en un embarcadero de Daytona... Mentira. El «Caimán» recorría los mares, en pos o

delante siempre del «Gaviota». Y el yate «Caimán» sí es grande. Y sí tiene compartimentos secretos. Hemos registrado ya el yate. Sabemos que su matrícula está a nombre de ese caballero, de Drury Carmichael, el millonario invitado por Winthrop a la travesía final... Poco podía imaginar Winthrop que metía en su yate a la muerte. A Drury Carmichael, «El Mercader»...

—Perfecto todo, señor Murphy. Sólo cometió un error: admitir que nada sabe el F. B. I., todavía. Muerto usted, seguirán sin saber nada...

La voz sonó a sus espaldas. Marty se volvió, procurando no llevar la mano a su axila, porque sabía que eso significaría la muerte.

No le sorprendió encontrarse con Drury Carmichael, el banquero amable y deportivo, el hombre de Nassau. El auténtico «Mercader», el cerebro asesino...

—Drury, ¿escuchaste todo lo que este hombre...? —comenzó ella, cruzando la sala hacia el hombre que, sin duda oculto hasta entonces, emergía ahora, pistola silenciosa en mano, para admitir abiertamente la verdad de las palabras de Marty Murphy.

—Absolutamente todo —asintió él lentamente—. Lo lamento muy de veras por él. Tiene que morir como los demás, Murphy. Este arma no produce apenas ruido. No hay ahora nadie en la casa, excepto Coleen y yo. Fue demasiado lejos en sus investigaciones. Lo siento por usted, muchacho...

Y adelantó el brazo armado, teniendo cogida a Coleen Lambert con el otro. Marty Murphy sonrió, esperando el disparo.

—No tiene escapatoria ya, Carmichael —avisó—. Mentí para delatarlo, para que se acusaran a sí mismos. Llevo conmigo un emisor a transistores que va dando todo este diálogo al exterior, a los coches federales que rodean la casa. Lowell, Baxter y el inspector Stuart saben ya tanto como yo. Su yate está incautado, se ha analizado su bodega secreta, donde había rastros de las últimas esclavas femeninas enviadas a Nassau, y conducidas por su legión de pistoleros a sueldo.

—Está mintiendo —acusó fríamente Carmichael, entornando sus ojos fríos, centelleantes—. Nadie nos escucha, Murphy. Trata de ganar tiempo, de distraerme...

—No, Carmichael. No es eso. Sencillamente, he triunfado. He

triunfado, y éste es su final. ¿Quiere una prueba clara? Atienda bien —inclinó Murphy la cabeza sobre el pecho, y habló, cerca de su corbata—: Inspector, hagan tres disparos al aire en la calle. Ahora mismo, por favor. Que sean bien audibles. Cuando yo cuente tres. ¿Dispuestos? Espero que sí. Una..., dos..., tres...

«¡Bang, bang, bang!».

Tres disparos. Tres estampidos de pistola.

En la calle, el estruendo repetido fue clarísimo. Carmichael se estremeció horriblemente. Perdió el color. Miró con odio a Murphy. Ella sollozó, apretándose contra él.

—¿Qué hacemos, Drury? —gimió, desesperada.

—Creo que sólo hay un camino —clavó sus ojos con ira en Marty. Luego, finalmente, comenzó a sonreír burlonamente, e inclinó la cabeza—. Le felicito, Marty Murphy. Ha sido muy listo.

—No. Yo, no. Todos somos listos, cuando se trata de perseguir a un criminal. Mis ojos solos no bastarían. Son los mil ojos del F. B. I los que lo escudriñan todo y llegan hasta el fin. Hasta su propio fin en este caso, Carmichael...

—Sí, tiene razón —suspiró el magnate—. Hasta mi propio fin...

Volvió el arma contra ellos. Hizo un disparo. Coleen chilló, al sentir el brutal mazazo de la bala a quemarropa, contra su pecho. Miró con estupor, con horrible incredulidad, al hombre que la tenía abrazada. Marty nada pudo hacer por evitarlo.

Luego, Drury Carmichael disparó contra sí mismo, también a quemarropa.

Cayeron juntos los dos cuerpos. Marty Murphy respiró hondo. Se acercó, tomó el arma.

Luego, separó lentamente los cuerpos. En la calle, los federales esperaban aún...

—Será mejor inventar algo —murmuró Murphy para sí—. Cualquier cosa es preferible a la verdad. No por él, ni por ella siquiera. Sino por Lambert, por su memoria... Carmichael será el único culpable de todo... Y la señora Lambert reposará junto a su esposo, como víctima de un criminal atentado similar. Eso no manchará la memoria del muerto, ni hará pensar mal a la gente. Sería lamentable que por la mala fe de una mujer indigna de un gran hombre, ese gran hombre viera mermada su proyección humana sobre los demás...

Caminó despacio hacia la puerta. Ahora sí. Los federales, que sin duda captaron los ahogados «ploc» del arma silenciosa de Carmichael, y los comentarios suyos, ya venían para ocupar la casa de los Lambert.

El caso había terminado. Y con él, eran tres casos diferentes los que se cerraban para el F. B. I., y sus archivos.

II

—¿**D**E modo que fue mi identificación de ese hombre fotografiado con los Winthrop lo que te dio la clave?

—Por supuesto, Arlene. Sin tu cooperación, esto hubiera tardado mucho más en descubrirse. Hicieron falta tus ojos, unidos a los mil del F. B. I., para encontrar a nuestro hombre, a nuestro siniestro y peligroso «Mercader»...

—Bueno, siempre es agradable saber que una ha cooperado a la causa de la Justicia, aunque haya sido casualmente.

—Casualmente se descubren siempre todos los grandes enigmas de la historia, Arlene —rió Marty Murphy jovialmente. Miró a Lowell, a Baxter y al inspector Stuart, que compartían la mesa con ellos y sonreían optimistas. Sacudió la cabeza—. Bueno, Arlene, cuando te pedí cenar juntos, la verdad es que no pensaba que nuestra mesa iba a estar tan concurrida.

—Es una cena de celebración, ¿no? —se quejó Lowell.

—Y no precisamente de un noviazgo, sino del final de un feo y complicado asunto —remachó Frank Baxter, burlón.

—De modo que tenéis que admitir la justicia de esta reunión de hoy —completó risueñamente John R. Stuart.

—Oh, por supuesto —agitó Marty una mano—. Pero prefiero que no seamos tantos los reunidos... Eh, Arlene, ¿qué tal si salimos un poco a bailar? Ellos no creo que puedan seguirnos..., a no ser que encuentren unas chicas lo bastante locas como para dejarse pisotear impunemente.

Riendo, Arlene y Marty huyeron de la mesa. Salieron a la pista y se enlazaron, iniciando el baile.

—Esto es diferente —comentó Marty—. Solos los dos...

—Sí, Marty. ¿Te gusta estar a solas conmigo?

—No encuentro nada más agradable en estos momentos.
—La verdad es que también a mí me gusta...
—Entonces, mañana cenaremos de nuevo. Juntos los dos.
—No puedo. Tengo trabajo en el «Tropicana» y...
—Tonterías. Pedirás permiso especial. Te lo concederán, porque eres casi un héroe local. Iremos a cenar. Y haremos planes, Arlene.
—¿Planes?
—Sí. Creo que hay que ir pensando poco a poco lo que harás cuando dejes el «Tropicana».
—Pero si no he pensado dejar ese trabajo, Marty...
—Pues ve pensándolo ya. Lo dejarás un día, no faltando mucho.
—Me pagan bien, es un buen trabajo, me hago respetar...
—Sé todo eso. Pero no trabajarás allí cuando te cases conmigo y seas la señora Murphy.
—¡Marty! —Abrió mucho sus ojos, mirándole asombrada.
—¿O es que piensas lo contrario?
—No, no —musitó ella—. Vistas así las cosas...
Siguieron bailando. En la mesa, Stuart, Baxter y Lowell sonrieron entre sí y se guiñaron un ojo.
Ellos continuaban el baile, ajenos a todo lo que no fuese ellos mismos.

FIN



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas

